

Roberto Juarroz

Para enfrentar el problema de las relaciones entre Bibliotecología y Documentación es preciso partir de una situación de hecho: la Documentación se ha consolidado como sector autónomo. No haremos nada con lamentar la relativa separación de ambas disciplinas. Lo que pudo ser —el planteo de una profesión única— debe verse como lo que pudo ser. Lo cierto es que no es.

BIBLIOTECOLOGIA Y DOCUMENTACION

Josefa E. Sabor

Una polémica con historia

El debate Juarroz-Sabor sobre Bibliotecología y Documentación

Alejandro E. Parada (coordinador)

Faustino Gabriel Chirino / Leandro E. Guazzaroni /
Carlos Daniel Luirette / Nora Cecilia López /
Ignacio Mancini / Alejandro E. Parada

INIBI : Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras

Una polémica con historia

El debate Juarroz-Sabor sobre Bibliotecología y Documentación

Una polémica con historia

El debate Juarroz-Sabor sobre Bibliotecología y Documentación

Alejandro E. Parada (coordinador)

Faustino Gabriel Chirino / Leandro E. Guazzaroni /
Carlos Daniel Luirette / Nora Cecilia López /
Ignacio Mancini / Alejandro E. Parada

INIBI
50 años
1967-2017

INIBI Instituto de Investigaciones
Bibliotecológicas

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

Decana Graciela Morgade	Secretario General Jorge Gugliotta	Dirección de Imprenta Rosa Gómez
Vicedecano Américo Cristófalo	Secretaria Hacienda y Administración Marcela Lamelza	Consejo Editor Virginia Manzano, Flora Hilert; Marcelo Topuzian, María Marta García Negroni
Secretaria de Asuntos Académicos Sofía Thisted	Secretaria de Transferecia y Relaciones Interinstitucionales e Internacionales Silvana Campanini	Fernando Rodríguez, Gustavo Daujotas; Hernán Inverso, Raúl Illescas
Secretaria de Extensión Universitaria y Bienestar Estudiantil Ivanna Petz	Subsecretaria de Bibliotecas María Rosa Mostaccio	Matías Verdecchia, Jimena Pautasso; Grisel Azcuy, Silvia Gattafoni
Secretario de Posgrado Alejandro Balazote	Subsecretario de Publicaciones Matías Cordo	Rosa Gómez, Rosa Graciela Palmas; Sergio Castelo, Ayelén Suárez
Secretaria de Investigación Marcelo Campagno	Subsecretario de Hábitat e Infraestructura Nicolás Escobari	

Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas - INIBI
Directora Elsa E. Barber

Una polémica con historia: el debate Juarroz-Sabor sobre Bibliotecología y Documentación / Alejandro E. Parada, coord.; Faustino Gabriel Chirino, Leandro E. Guazzaroni, Carlos Daniel Luirette, Nora Cecilia López, Ignacio Mancini y Alejandro E. Parada, colabs. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras Universidad de Buenos Aires, 2018.

134 p. ; 20 x 14 cm. - (Cuadernos de Bibliotecología; 26)

ISBN 978-987-4923-10-3

1. Bibliotecología. 2. Documentación. 3. Aspectos teóricos.
CDD 020

Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras
Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas- INIBI
Cuadernos de Bibliotecología; 26
ISSN 0325-5883

ISBN 978-987-4923-10-3

© Facultad de Filosofía y Letras (UBA), 2018

Subsecretaría de Publicaciones

Puan 480 - Ciudad Autónoma de Buenos Aires - República Argentina

Tel.: 528-7230 - info.publicaciones@filo.uba.ar

<http://publicaciones.filo.uba.ar>

Índice

Presentación	
Cuando un debate disciplinar hace historia	9
<i>Alejandro E. Parada</i>	
1. La Bibliotecología internacional durante las décadas de 1960 y 1970: una interpretación desde la Guerra Fría	39
<i>Faustino Gabriel Chirino</i>	
2. De Ricardo Rojas al INIBI: aproximaciones al contexto disciplinar argentino de la discusión entre Juarroz y Sabor sobre Bibliotecología y Documentación	53
<i>Leandro E. Guazzaroni</i>	
3. Un debate histórico: Juarroz-Sabor. Una mirada al pasado con perspectiva de futuro	65
<i>Carlos Daniel Luirette</i>	
4. Bibliotecología y Documentación: “Una crisis de familia. Representaciones y perspectivas a partir del debate Juarroz-Sabor”	79
<i>Nora Cecilia López</i>	

5. Perspectivas tecnológicas en Bibliotecología y cada vez más Ciencia de la Información	89
<i>Ignacio Mancini</i>	
6. En pos de las perspectivas y tendencias en Bibliotecología y Ciencia de la Información	101
<i>Alejandro E. Parada</i>	
APÉNDICE DOCUMENTAL. Textos originales	113
Documentación	115
<i>Roberto Juarroz</i>	
Bibliotecología y Documentación	121
<i>Josefa E. Sabor</i>	
Bibliotecología y Documentación. Otro acercamiento a una crisis de familia	127
<i>Roberto Juarroz</i>	
Los autores	131

Presentación

Cuando un debate disciplinar hace historia



Alejandro E. Parada

1. Introducción desde los 120 años de Filo

Durante la gran variedad de actos que se realizaron en conmemoración del aniversario de la fundación de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, bajo el lema de *Filo: 120 (1896-2016). Legados, debates y desafíos*, el Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas (INIBI) y la Carrera de Bibliotecología y Ciencia de la Información, llevaron a cabo, en forma conjunta, una serie de actividades.

Dentro de este contexto, el INIBI organizó, el viernes 25 de noviembre de 2016, en el aula 146, la mesa titulada *Bibliotecología y Documentación: “una crisis de familia”. Representaciones y perspectivas a partir del debate Juarroz-Sabor*. En dicho encuentro se presentó la historieta *Crisis de familia. Discusión sobre Documentación y Bibliotecología*, una versión en forma de *comic* realizada por Graciela M. Giunti, Silvia Contardi y Nancy Blanco, con dibujos y diseño de Lautaro Parada (Giunti, et al, 2016), que consiste en una adaptación de los textos originales del debate que tuvieron, en la década del sesenta

(1966-1968), Roberto Juarroz y Josefa Emilia Sabor sobre la identidad disciplinar de cada uno de estos campos.

Luego de la presentación en forma impresa de la historieta, la mesa se centró en un conjunto de reflexiones sobre esta controversia y, a partir de su contexto coyuntural histórico, analizar las perspectivas y tendencias actuales en Bibliotecología y Ciencia de la Información, con el objetivo de articular el pasado de nuestra profesión con los desafíos bibliotecarios actuales, ahora inmersos en la virtualidad posmoderna de las bibliotecas.

Los panelistas que participaron en este evento fueron, siguiendo el orden de exposición, Faustino Gabriel Chirino, Leandro E. Guazzaroni, Carlos Daniel Luirette, Nora Cecilia López, Ignacio Mancini y Alejandro E. Parada, bajo la coordinación general de este último.

2. En el centro de la discusión

En el Apéndice Documental, incluido en la presente publicación, se encuentran los textos originales de Juarroz y Sabor que motivaron esta interesante cuestión de esencia disciplinar. Para una adecuada comprensión, tanto de cada uno de los argumentos como de las sutilezas bibliotecológicas y documentales que ambos desarrollaron, se requiere de una lectura detallada por parte del lector interesado en dicha temática. Este tópico no es menor, ya que para entender en toda su profundidad teórica e histórica las posiciones esgrimidas por estos notables bibliotecarios resulta imprescindible, ciertamente, leer dichos textos. Es por ello que se ha optado, en esta presentación, por no reproducir un resumen de las ideas planteadas en la discusión. Solo se hará referencia, entonces, a

algunos aspectos medulares de la misma; elementos, insistimos en este punto, que bajo ninguna circunstancia suplantán la lectura y la comprensión reflexiva del despliegue narrativo y, a la vez, moderno, de estos documentos.

Hecha la salvedad anterior que, en lo sustancial, consideramos insoslayable es necesario centrarse en el foco estructural del debate. En líneas muy generales, tal como lo señalan varios de los autores de este título de Cuadernos del INIBI, la profesora Josefa Emilia Sabor puntualiza que la Documentación forma parte de la Bibliotecología, aunque, sin duda, posea características muy particulares y de identidad operativa en el manejo de la información especializada; es decir, que la Bibliotecología subsume, por su tradición y desarrollo a partir del siglo XIX y, en particular, por su ímpetu profesional durante el siglo XX, sobre todo en Estados Unidos, a la Documentación, que en cierto modo está implícita en la Bibliotecología. En cambio, Roberto Juarroz, con una gran cantidad de razonamientos casi incontrastables y con un conjunto de particularidades intrínsecas y propias de la Documentación, no solo brinda una “elaboradísima definición” (Sabor, 1966a: 5) de esta disciplina sino que, en lo programático, defiende su plena autonomía de la Bibliotecología.

Por supuesto, la controversia transcurrió por diversas instancias; momentos con posiciones más formales en su erudición, momentos con críticas cruzadas por datos históricos erróneos, momentos con alejamientos y conciliaciones entre uno y otra, y por momentos con aproximaciones que, a la postre, desembocaron en una especie de *statu quo* entre sus sólidas personalidades profesionales. Dentro de este marco, trazado a grosso modo, surge, en lo particular, una pregunta: ¿qué intencionalidades o, dicho de otra manera, qué trazabilidad histórica y teórica encubren esas posiciones?

Ante todo, no en vano, ambos autores incursionan, para sostener sus líneas de argumento, en varios acontecimientos del pasado: este itinerario discursivo, en lo específico y pertinaz, encierra parte de la clave de esa discusión. Porque esta última se encuadra en el tema (un macro-tema ineludible) sobre los orígenes y las influencias bibliotecarias en la construcción de la Bibliotecología en la Argentina.

Debemos recalcar que dada la índole de toda presentación de un libro, no es posible detenerse en la generalidad de los avatares y acontecimientos históricos. Por lo tanto, hay que elegir algunos hechos significativos que ilustran, al menos en sus basamentos fundamentales, el tema de “nuestras influencias bibliotecológicas”. Es factible examinar, si nos centramos en el siglo XIX, que en esa centuria ya se vislumbraban algunas tendencias profesionales que se instrumentarían en el XX y que, indudablemente, merecerían investigaciones más profundas. Mencionaremos, entonces, tres hechos de real importancia.

En primer término, y dejando a un lado “el orden instrumental” de los libros en las congregaciones religiosas durante el período colonial, hay que señalar el contexto bibliotecario de la fundación de la Biblioteca Pública de Buenos Aires (1810). Cuando nos referimos a este acontecimiento se está intentando señalar qué hecho y cuáles circunstancias históricas influyeron en su inauguración. Manuel Moreno nos brinda la respuesta oportuna en su *Vida y memorias del Dr. Dn. Mariano Moreno*, cuando escribe: “Así como Franklin en Philadelphia, el Dr. Moreno ha tenido la gloria de ser el fundador de una biblioteca publica en Buenos Ayres [sic]” (1812: 263). Dando a entender, de este modo, que el secretario de la Junta, al pensar en una institución de este tipo, se había inspirado en el modelo de bibliotecas implantado en Estados Unidos por Benjamin Franklin. En un segundo momento, sesenta años

después (1870), Domingo Faustino Sarmiento retoma este ascendiente estadounidense con la creación de las bibliotecas populares, influido por el desarrollo bibliotecario en ese país y por el educador Horace Mann (Planas, 2017: 22).

Pero el siglo XIX se cerrará, en nuestra Bibliotecología naciente, con un viraje europeo. Un giro que ya había tenido una obra precursora y realizada por un intelectual de gran prestigio e influencia en la vida cultural argentina: *Las bibliotecas europeas y algunas de la América Latina*, de Vicente G. Quesada (1877), director entonces de la Biblioteca Pública de Buenos Aires, de la cual solo se publicó el tomo correspondiente al ámbito de Europa. Un libro cuyos ecos en nuestras bibliotecas finiseculares y de principios del siglo XX, con un rigor específico, aún resta por estudiarse en profundidad. Esta orientación no iba a tardar en manifestarse con renovado vigor. En efecto, Paul Groussac (1893), al organizar la Biblioteca Nacional y editar su catálogo, se inclina por la clasificación del bibliógrafo francés Jacques Charles Brunet (1780-1867) y, en materia de catalogación, la presencia europea es incontrastable (Finó y Hourcade, 1952: 7-8). Este cierre decimonónico entre la tradición europea y la estadounidense, con sus mayores o menores variantes, con sus renovados vaivenes conceptuales y técnicos, se repetirá durante buena parte del siglo XX.

Solo señalaremos algunos libros y acontecimientos que confirman la larga tradición histórica que alentó el trasfondo del debate Juarroz-Sabor. Quienes quieran seguir los inicios de las distintas iniciativas y posiciones en los primeros decenios del XX, que palearán, en buena medida, las décadas venideras, pueden recurrir a una fuente de un valor inestimable: *Contribución al estudio histórico del desarrollo de los servicios bibliotecarios de la Argentina en el siglo xix* (1974-1975) de María Ángeles Sabor Riera.

Esta autora señala algunos de los precursores bibliotecarios que representaron estas perspectivas a partir del trabajo inicial de Groussac¹. Una figura preponderante de esa época fue Juan Túmburus (1913 y 1915), quien defendió las normativas europeas más tradicionales en contraposición, incluso, a la instrumentación de la Clasificación Decimal Universal. Por su parte, Federico Birabén, además de dictar el primer curso de formación para bibliotecarios durante fines de 1909 y comienzos de 1910, fue un destacadísimo propulsor de la Clasificación Decimal (Birabén, 1904). Pero pocos años después, a fines de la década del veinte, se produce una importante reacción contra el tradicionalismo del Viejo Continente, en favor de la organización de las bibliotecas en América del Norte, con la aparición del libro de Ernesto Nelson, *Las bibliotecas en los Estados Unidos* (1927), obra que tuvo una importante difusión en Latinoamérica debido a su edición por la Dotación Carnegie en su colección “Biblioteca Interamericana” (Sabor Riera, 2, 1975: 121-122; Finó y Hourcade, 1952: 10).

Salvando la labor desempeñada por otras figuras de importancia en ese período, es fundamental citar el “Curso de Biblioteconomía” anexo a la Escuela del Museo Social dictado por Manuel Selva desde 1937 hasta 1942; posiblemente, el primer programa marcado por una fuerte impronta profesional y con un sesgo de base bibliotecaria europea, dado el largo desempeño de Selva en la Biblioteca Nacional, aunque ya es posible observar en él una presencia transicional de la

¹ Para esta breve reseña del desarrollo historiográfico de la Bibliotecología en nuestro país, aún sigue siendo imprescindible el trabajo que realizaron en 1952 J. Frédéric Finó y Luis A. Hourcade. Por otra parte, resulta imposible reseñar la totalidad de los autores sobre temas bibliotecarios que se adhirieron a la influencia europea o estadounidense, o compartieron aspectos de ambas, tales como: Luis Ricardo Fors, Santiago M. Amaral. Francisco Scibona, Alfredo Cónsole, Pedro B. Franco, Ángel N. Giménez, Raúl Cisneros, Hanny S. de Simons, Ernesto G. Gietz, etc. Es oportuno recordar, además, los aportes de dos personalidades: la obra de Finó (1940) y, especialmente, dado su visión más moderna y actualizada, la de Domingo Buonocore (1942 y 1948).

escuela estadounidense. Además, para este Curso, Selva redactó un *Manual de bibliotecnia* (1939) donde su deuda con Europa no es un obstáculo para reconocer los méritos de la Clasificación de Dewey, tal como lo hicieron Paul Otlet y Henri La Fontaine para desarrollar la Clasificación Decimal Universal, o los avances del catálogo diccionario divulgados por la obra de Ernesto Nelson, quien fue el prologuista –esto no es un dato menor– de este *Manual*. Lo que puntualiza esa zona de transición de ambas tendencias que representó Manuel Selva en la madurez de su carrera. No obstante, tal como lo observan Finó y Hourcade (1952: 12), la ubicación topográfica “se mantiene fiel al anticuado sistema europeo: por orden de llegada y formato”².

Aquí entra en juego otro aspecto determinante en el entrecruzamiento constante de estas dos escuelas en la Argentina, tal como muy bien lo observa la profesora Sabor. La dualidad del uso del esquema decimal creó “uno de los conflictos más fecundos de la Bibliotecología”, ya que la clasificación de Dewey (biblioteconómica) es de índole topográfica y, en cambio, la del Instituto Internacional de Bruselas está orientada a la clasificación bibliográfica de los conceptos. El conflicto que puntualiza Sabor es el del empleo correcto de la Clasificación Decimal Universal (Sabor, 1966a: 2). Un conflicto que incrementó la confusión o la injerencia de ambas escuelas en nuestro país.

Finalmente, el posicionamiento casi definitivo de la tendencia estadounidense se concretaría a partir de 1943, cuando se hicieron cargo del Curso del Museo Social José Federico Finó y, fundamentalmente, para consolidar los procesos técnicos según la mirada anglosajona, Carlos Víctor Penna. Por otra parte, Augusto Raúl Cortazar, al reorganizar la carrera de bibliotecarios en la Facultad de Filosofía y

² Posteriormente, Manuel Selva (1944) editó una obra de mayor aliento pero que seguía los lineamientos planteados en su libro de 1939.

Letras (UBA), modernizó sus estudios en esta dirección; asimismo, comienza un importante proceso de profesionalización en La Plata (Coria, 2014). Entre varios libros que consolidaron dicha tendencia dos resultan imprescindibles: *Manual de Bibliotecología para bibliotecas populares* (Albani, et al, 1951), preparado por un conjunto de profesores del Museo Social Argentino, y *Catalogación y clasificación de libros* de Carlos Víctor Penna (1945 y 2ª. ed., 1964).

Sin embargo, la orientación europea todavía no había desplegado uno de sus instrumentos más potentes que llegarían con gran impulso al Río de la Plata: los centros de Documentación. En efecto, durante los años sesenta y setenta del siglo pasado, la Argentina se destacó en el contexto de América Latina por la organización de estas unidades centradas en la información con alto grado de especialidad. Varias figuras bibliotecarias fueron fundamentales para este acontecimiento: Roberto Juarroz, Roberto Couture de Troismonts, Nodier Lucio, Ricardo Alberto Gietz, entre otros. Muchos de ellos estudiaron Documentación en Francia, y algunos tuvieron como profesora a la brillante bibliógrafa Louise Noëlle Malclès.

Precisamente, Roberto Juarroz, quien asistió a sus clases y fue su traductor³, en ese ambiente académico se vinculó a las nuevas orientaciones de la Documentación y, en consecuencia, al procesamiento moderno y científico de la información especializada. A partir de sus estudios en esta área en el Institut National des Techniques de la Documentation y del curso sobre “Métodos Mecánicos de Selección Bibliográfica” con el

³ Malclès, Louise Noëlle. 1960. *La bibliografía*. Buenos Aires: Eudeba. 71 p. (Colección Cuadernos; 27). Es importante señalar este antecedente de trabajo mancomunado y de empatía intelectual entre Juarroz y Sabor, ya que el primero tuvo a su cargo la traducción de esta obra y la segunda cotejó la revisión técnica. Como bien se puede observar, Juarroz y Sabor compartían sus afinidades y representaciones académicas en diversos momentos de sus trayectorias; inequívocamente, la inclinación de ambos hacia la discusión era una forma muy elaborada de “pensar” nuestra profesión.

doctor J. Samain, en el Centre National de la Recherche Scientifique, durante su estadía en París en 1961-1962, Juarroz se transformó en uno de los primeros –junto con Couture de Troismonts– especialistas en este campo (Matijevic, 1965: 64; Fernández, 1996: 462).

Es, pues, en este preciso contexto, al poco tiempo de su regreso a Buenos Aires, en el cual se lleva a cabo su debate con la profesora Sabor y, por añadidura, es importante destacar que Juarroz ya había comenzado a impartir la materia “Documentación general” desde el primer cuatrimestre de 1963 en la Facultad de Filosofía y Letras.

En cuanto a Josefa Emilia Sabor, para ese época ya era la personalidad bibliotecaria, en el nivel profesional, docente, universitario y de investigación, más importante que haya dado la Bibliotecología argentina. Parte de su ingente labor se coronó con la creación, en 1967, del Centro de Investigaciones Bibliotecológicas (hoy INIBI), primero de estas características en Latinoamérica. En este libro, la profesora Nora Cecilia López, trae una breve biografía de su carrera. Su vasta y penetrante erudición, en cuanto a obras de referencia, una asignatura que dominó a la perfección, se plasmó en el libro, cuya primera edición data de 1956, *Manual de fuentes de información* (1978), una obra que la consagró en Iberoamérica⁴.

⁴ Nuevamente hay que manifestar el rico entramado de vínculos profesionales y empatías personales de estas personalidades insoslayables y descollantes. La última edición de este *Manual de Sabor* posee un magnífico “Prefacio” de Roberto Juarroz (1978), que se titula *Con toda la información, más allá de la información*. Este texto, sin exceso de ningún tipo, puede definirse como una declaración de principios del autor sobre el rol de la Bibliotecología y de los bibliotecarios en la sociedad actual, ahora atravesada por una información que, a veces, no trasciende el hecho de meditar “más allá” de lo que ella implica. Donde Juarroz, por otra parte, no solo avala y manifiesta las extraordinarias virtudes del libro de su colega sino que, además, vislumbra otro de los aspectos poco conocidos de él: su gran capacidad para reflexionar a la Bibliotecología desde su teoría y su capacidad filosófica. Otra vez, inequívocamente, tal como aconteció con la traducción de la obra de Malcès, Juarroz y Sabor, a pesar de las variantes de sus posiciones, construyeron conocimiento bibliotecológico en sus mutuos intercambios.

En consecuencia, cuando se dio este debate, nos encontramos ante dos de las autoridades más prestigiosas de nuestra Bibliotecología en la segunda mitad de la centuria pasada. Los dos, además, profundamente conocedores de sus respectivas temáticas en los más mínimos detalles: Sabor, en Bibliotecología en general y, especialmente, en Referencia; Juarroz, en Documentación y en Teoría de la Información, aunque era casi legendaria sus notables dotes como referencista en la Biblioteca Central de la Facultad de Filosofía y Letras.

Es hora entonces de analizar, en forma sucinta, esta discusión de cariz primordial para nuestro acontecer bibliotecario.

En realidad Sabor plantea en forma indirecta o, mejor, de un modo no tácitamente explícito, o más puntualmente, en forma de pregunta, que la Documentación puede considerarse dentro o inmersa en la Bibliotecología. Para comprender ese aspecto, no hay que olvidar que en esta discusión Sabor toma a la “referencia” como el eje nuclear que genera a la Documentación. Para ello es oportuno ceñirse a sus palabras:

La referencia sería así un poco como la madre de la documentación. Y siendo la referencia parte de la Bibliotecología, la documentación estaría también incluida en ella?.. Europa no ha aceptado nunca el servicio de referencia organizado, pero ha desarrollado la documentación. Estados Unidos ha inventado la referencia, acepta la documentación y trata de ensamblar las dos cosas. Europa ha colocado la documentación fuera de las paredes de sus bibliotecas. Estados Unidos la ha metido dentro de ellas” (Sabor, 1966a: 3-4; Sabor y Juarroz, [1966-67], [p. 4])⁵.

⁵ Existe una reedición conjunta de los trabajos de Sabor y Juarroz publicados originariamente en el *Boletín de la Asociación de Ex Alumnos de la Escuela Nacional de Bibliotecarios* (números 4 y 6): Sabor, Josefa E. y Roberto D. Juarroz. [1966-67]. *Bibliotecología y Documentación*. Buenos Aires: Centro de Documentación e Información Educativa. [10 p.]. (SIE/DOC/CLDIE/DP/17

Por extensión lógica, tal como lo replica Roberto Juarroz, al configurar estas disciplinas “la clave no consiste en tratar de fundir, apelando a una vocación unificadora o exclusivista, lo que ya se ha separado” en ambos campos (Juarroz, 1966c: 2), o “uniformarlos a presión como el intento artificial de separarlos complementé” (Juarroz, 1966c: 4). Sabor, como hemos observado en la cita anterior, sostenía el concepto de “ensamblar” las dos áreas. Por el contrario, para Roberto Juarroz, la Bibliotecología y la Documentación, poseen sus propios sectores de acción y su propia identidad; identidades que bajo ningún punto de vista “no impida de ningún modo su trabajo solidario y su misión conjunta de servir a la evolución del conocimiento humano y del trabajo intelectual” (Juarroz, 1966c: 5).

La discusión entre Juarroz y Sabor posee varias vertientes de compleja prosecución. No solo entra en juego la construcción disciplinar de la Bibliotecología y la Documentación. La referencia, propuesta por Samuel S. Green en la “Centennial Conference” de 1876, es el origen (“la madre”) de lo que los europeos entienden por Documentación. Por lo tanto, para comprender esta especie de disputa bibliotecológica-documental, entre lo europeo y lo estadounidense, hay que centrarse, particularmente, en la referencia. De ahí, en lo general, la postura de Sabor. Un posicionamiento que trata de conciliar las características de la Bibliotecología y la Documentación; primero con la concepción de Shaw (que en esencia, ambas serían lo mismo, aunque tendría la primera cierto grado de “extensión” y la segunda de “intensidad”) y, luego, retomando el pensamiento de Shera, quien sostiene, avalado por la escritura de Sabor, que “la bibliotecología especializada y la documentación son un todo que una práctica perniciosa tiende a separar” (Sabor, 1966a: 4).

No ha sido infundado, entonces, trazar el panorama histórico al cual nos referimos en el comienzo: el sustento teórico o, más bien, práctico, al cual se alinea Sabor en este brillante debate, hunde sus raíces en la fortaleza de la tradición estadounidense de la cual ella había formado parte, junto con Penna, en el Museo Social Argentino, pero cuya rai-gambre original tenía su correlato en el pensamiento bibliotecario de Mariano Moreno, Domingo Faustino Sarmiento, Ernesto Nelson, y otros muchos.

Por supuesto, esta puede ser una opinión cuestionada, pero no rebatible en cuanto a nuestra realidad bibliotecaria dentro de procesos históricos de larga duración. Esto tampoco significa, bajo ninguna circunstancia, que Sabor no admirara la erudición bibliotecaria, archivística y documental desarrollada en Europa, ni que dejara de reconocer la importancia de esta herencia entre nosotros. Ni que ella no siguiera con interés, por ejemplo, la trayectoria de la clasificación bibliográfica decimal en la Argentina, propuesta en su origen por el Instituto Internacional de Bibliografía (luego la Federación Internacional de Documentación, en La Haya), desde sus inicios con Federico Birabén hasta las tareas implementadas por Raúl Cisneros Malbrán en el proceso que llevó a fundar la Oficina Bibliográfica de la Universidad de Córdoba y su actividad hasta mediados de la década de 1940, tal como lo ha estudiado la profesora Susana Romanos (1996).

También es importante destacar, antes de analizar brevemente los argumentos de Juarroz, que la posición de tonalidad unificadora de ambas esferas disciplinares sostenida por Sabor, posee una remate más contundente –por parte de ella– al finalizar su exposición en la controversia. En efecto, sus últimas palabras son elocuentes:

No nos estaremos perdiendo en una discusión bizantina? Al fin de cuentas, la CDU ha optado por colocar la documentación en ooz,

el número con el que Dewey abre el reinado del libro, y con él, la majestad de la bibliotecología.

Estamos ante una expresión cuya contundencia es clarificadora: la importancia de la escuela estadounidense para “posicionar” la Documentación, por los propios europeos, en la territorialidad del libro asignado por Dewey. Para Josefa E. Sabor esto es, sin dudas, una prueba incontrastable del dominio y, por ende, de la “majestad de la bibliotecología” sobre la Documentación.

Para estudiar los documentos que dieron origen a esta discusión, hay que ceñirse a tres trabajos de Roberto Juarroz Juarroz en los cuales define y aborda la Documentación (Juarroz, 1966a, 1966b, y 1968). Es complejo detallar la cronología de gestación de estos textos que motivaron la discusión y réplica de Sabor. El primer texto sobre “Documentación” fue escrito por Juarroz para el “Curso de Documentación para Investigadores” (1966a); se trata de una aproximación de carácter más científico porque estaba pensado para el ámbito de la ciencia en el CONICET. Esta producción fue editada, también en ese año, por el Centro Nacional de Documentación e Información Educativa, en el contexto del “Curso Latinoamericano de Documentación e Información Educativa” (1966b). Sin embargo, Juarroz preparó para la *Enciclopedia de Ciencias de la Educación* (Buenos Aires, Omeba) una versión de carácter no tan científico, sino orientada hacia los bibliotecarios. Esta versión, que es en la cual nos basamos y que también se reproduce en el Apéndice Documental, es la definitiva. El texto fue publicado por la Biblioteca Central de la Facultad de Agronomía y Veterinaria (Juarroz, 1968). Sin duda, la profesora Sabor se basó en su respuesta a Juarroz (Sabor, 1966a) en los dos primeros textos de aquel. Pero también es necesario señalar que la versión preparada para la “Enciclopedia Omeba”, estaba circulando entre los profesores de nuestra Carrera y, aún inédita, era conocida por Sabor.

Luego de esta aclaración de índole cronológica y acerca de la génesis de los textos, la pregunta que se plantea es, ciertamente, ¿cuál era la posición de Roberto Juarroz con respecto a la Documentación? Para él, sin lugar a dudas, la Documentación, a partir de mediados del siglo XX, es una disciplina autónoma de la Bibliotecología. En una alusión directa a su controversia con Sabor, afirma que “se ha discutido su carácter de disciplina autónoma, pretendiéndose subordinarla a la Bibliotecología”, y esto se debe, entre muchas razones, a sus estrechos vínculos con “las bibliotecas especializadas, la bibliografía especializada y la tarea de referencia” (Juarroz, 1968: [1]).

En la exposición de Juarroz lo trascendental no es simplemente esta afirmación, que ya hemos comentado en las páginas iniciales. Ni se nuclea en su definición de la disciplina, que era la más conocida en esa época: “conjunto de técnicas y teorías cuya finalidad es la organización y difusión activa de la información especializada, para ponerla a disposición del investigador” (Juarroz, 1968: [1]). Lo distintivo subyace, en nuestra opinión, en otro eje conceptual. Juarroz para caracterizar a la Documentación adoptará un discurso de singularidad científica y epistemológica. Primero, para justificar su total independencia, abordará los requisitos fundamentales que debe poseer todo campo para considerarse una disciplina indiscutida y asentada. Estos son: poseer un campo propio, una metodología específica, y una actitud de identidad documentarias. Además, para consolidar su textualidad sobre la autonomía de esta área, apela a un conjunto de causas realmente minuciosas; causas relacionadas con la moderna investigación científica, con la tecnología, con el comportamiento de la información, con la diversificación de los medios de comunicación, con la industrialización de la sociedad, con el crecimiento del Estado, con “la urgencia de recurrir a otras formas de síntesis de las informaciones y los

conocimientos”, etc. Motivos, en definitiva, que han propiciado el afianzamiento y el desarrollo de la Documentación como una práctica emancipada de la tutela bibliotecológica.

Pero el criterio de construcción epistemológica que desenvuelve Juarroz implica otros procederes. Uno de ellos es la necesidad de meditar a la Documentación dentro de un marco de elaboración teórica. Para ello, puntualiza lo que había sostenido Vickery: su competencia para “transitar de una práctica empírica a una disciplina teórica”. Esa es una de las fortalezas de la Documentación, su extraordinaria capacidad para pensar sobre lo qué es la información; una conducta, como bien observa Juarroz, que renueva el panorama bibliotecológico y que se instala, con total plenitud, en el pasaje hacia una nueva modernidad debido a que su contribución está enmarcada en la creación de la “ciencia de la información” (Juarroz, 1968: [4-5]).

Además, Juarroz no se detiene exclusivamente en esos notables aportes que realiza para explicar la definición de esta asignatura y su detallada erudición sobre la Documentación. En este ámbito emerge otra peculiaridad de su polifacética personalidad: su inclinación para teorizar sobre un conjunto de disciplinas relacionadas con la información. Es por ello que, siguiendo algunas tendencias de la época, plantea la necesidad imperiosa de agrupar a estos campos dentro de las Ciencias de la Información (Juarroz, 1984). La Documentación sería uno de los estudios más importantes de un entramado multidisciplinar, formado por la Cibernética, la Informática, la Bibliotecología, etc. Juarroz, en este punto, estableció un antecedente fundamental, ya que su pensamiento se inserta dentro de uno de los problemas más importantes de nuestro quehacer profesional: el tema de la crisis de la denominación e identidad de la propia Bibliotecología y Ciencia de la Información.

Este proceso de elaboración de una teoría adquirió una instancia superior en Juarroz (1986a), cuando a mediados de la década del ochenta, fundamentó que las propiedades ontológicas de las dinámicas informativas requerían de una “Filosofía de la Información” (Parada, 2016a: 45-46). Hacia el fin de su vida, aunque lamentablemente estos intentos quedaron inconclusos, estuvo trabajando en dos proyectos individuales enmarcados en la órbita de la “Teoría general de la Bibliotecología” (Fernández, 1996: 594); no obstante, algunos adelantos parciales se materializaron en un par de ponencias expuestas en la 22° (San Juan) y 25° (Buenos Aires) Reunión Nacional de Bibliotecarios (Juarroz, 1986b y 1990).

Estamos en condiciones, luego de repasar los elementos arriba enumerados, de individualizar otras vertientes en este intercambio bibliotecario sobre la problemática de la autonomía de la Documentación o su dependencia de la Bibliotecología. Además de la manifestación de las escuelas estadounidense y europea, tanto Juarroz como Sabor poseen otros motivos para fundamentar sus posiciones.

Josefa E. Sabor sustenta su argumentación en la larga tradición histórica y bibliográfica de la evolución de la Bibliotecología en el siglo XIX.⁶ Y al subrayar una serie de fechas y hechos que impulsaron su desarrollo destaca, especialmente, los aportes de los Estados Unidos, sin dejar de mencionar algunas contribuciones de Europa como las de Sir Anthony Panizzi y las de Paul Otlet y Henri La Fontaine. Esto revela que la profesora Sabor establece su posicionamiento disciplinar en la “práctica estadounidense”, pero a través de la Bibliografía y la Historia de la Bibliotecología. De este modo,

⁶ Para un estudio detallado y profundo sobre “el legado bibliográfico-bibliotecológico” de Sabor, resulta fundamental el trabajo de Susana Romanos de Tiratel (2012).

los procesos de larga duración histórica demuestran para ella que, sin margen de error, la Bibliotecología, en sentido amplio, es el campo generador de la Documentación. El pensamiento de Sabor en esta deducción no es, bajo ninguna forma, una novedad. Sabor se había iniciado en los estudios históricos y fue una bibliografía consumada, prueba de ello es su magnífica obra sobre Pedro de Angelis (Sabor, 1995). Otro aspecto que favorece su modo de pensar en esta orientación es la faceta docente. La intencionalidad de ella radica en marcar “su impronta didáctica” para comprender esta particularidad de la génesis general de la Bibliotecología como área fundadora; una impronta que también, en esos años, se presentaría en su libro *Métodos de enseñanza de la bibliotecología* (Sabor, 1968).

En cuanto a Juarroz, como hemos visto, su enlace con la escuela europea y, por lo tanto, su definición y categorización independiente de la Documentación, no se afianza, en lo determinante, en los lazos histórico-bibliográficos ni en una tradición pedagógica de la Bibliotecología en su línea fundacional. Juarroz articula la concepción de la autonomía de la Documentación en su fundamentación teórica, científica y filosófica y, por supuesto, en la especificación de los elementos epistemológicos y hermenéuticos que le brindan su propia identidad. Nos hallamos, y esto es de suma importancia, ante dos formas diferentes de encarar esta cuestión o “disputa de los campos” que traen a colación una reminiscencia de Pierre Bourdieu, tal como lo expone en este libro Leandro E. Guazzaroni. No se trata solo de dilucidar la controversia entre las influencias estadounidenses y europeas; se trata, asimismo, acaso ante todo, de reconocer dos concepciones mentales distintas para reflexionar sobre lo que son ontológicamente la Bibliotecología y la Documentación.

Para cerrar este breve análisis contextual del debate entre Juarroz y Sabor es imprescindible saldar una deuda pendiente con ambos. Este débito se basa en el hecho de que el árbol no pierda la belleza natural del bosque. El núcleo inmanente de ese acontecimiento devela una situación trascendental: la discusión entre ellos fue uno de los momentos de mayor relevancia acerca de la teoría disciplinar en nuestra área. Hace cincuenta años, a mediados del siglo XX, gracias a este extraordinario intercambio de opiniones de índole académica, la profesión en la Argentina se colocaba a la par de las grandes controversias bibliotecológicas internacionales.

Es posible afirmar, entonces, que este diálogo entre dos de las figuras más destacadas de nuestro quehacer en la esfera bibliotecológica del siglo pasado –ahora podemos sostener que se trató, sin equívocos, de un enriquecedor “espacio dialógico”, único e irrepetible– constituyó, tras su entramado de connotaciones plurales (históricas, científicas, técnicas, pedagógicas, bibliográficas, teóricas, y de filiaciones a determinadas escuelas), una de las cumbres de nuestra Bibliotecología y que, en cierta medida, es una interpelación y un desafío al presente y el futuro de nuestra profesión.

Antes de detallar el contenido del libro presente, resulta imperativo reproducir un juicio primordial de Roberto Juarroz al cierre de la discusión, ya que representa un fervoroso llamado al trabajo conjunto y solidario de ambas disciplinas (sin perder cada una su especificidad), donde la reconciliación de las ideas sostenidas demuestra, una vez más, la armonía discursiva de ambos colegas: que la Bibliotecología y la Documentación desarrollen sus propios dispositivos formales, “pero que eso no impida de ningún modo su trabajo solidario y su misión conjunta de servir a la evolución del conocimiento humano...” (Juarroz, 1966c: 5).

3. Contenido del libro

Como se aclaró al principio de esta presentación, la mesa auspiciada por el INIBI el 25 de noviembre de 2016, en conmemoración de los 120 años de la fundación de la Facultad de Filosofía y Letras con el lema *Bibliotecología y Documentación: “una crisis de familia”. Representaciones y perspectivas a partir del debate Juarroz-Sabor*, desarrolló, desde distintos ángulos e intereses, este famoso debate bibliotecológico. Sin embargo, se requieren de varias aclaraciones acerca del contenido y de los propósitos del presente libro ahora titulado, en su puesta en texto definitiva, *Una polémica con historia: el debate Juarroz-Sabor sobre Bibliotecología y Documentación*, bajo el contexto editor del Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas al conmemorar el cincuentenario de su creación el 31 de julio de 1967.

En primer término, si bien consiste en una obra de factura académica, tanto por la densidad de su tema como por la profundidad con la cual se expresaron en esa coyuntura los profesores Juarroz y Sabor, el propósito más preeminente se centra en divulgar dicha controversia entre los alumnos que cursan la Carrera de Bibliotecología y Ciencia de la Información. Esto tiene un doble objetivo: promocionar la importancia conceptual de la discusión a aquellos que están transitando estos estudios y, por complemento esencial, rescatar del olvido la memoria colectiva de una instancia paradigmática en el desarrollo de las ideas bibliotecológicas en la Argentina. Por supuesto, también se trata de un texto destinado a profesores e investigadores en este campo, pero con una fuerte intención retórica para que aliente el interés de los miembros de otras áreas de las Humanidades y de las Ciencias Sociales.

Para cumplir todos estos requisitos se han tomado en cuenta ciertas decisiones. En una segunda instancia, se convocó a una amplia franja

etaria de profesionales y docentes, en aras de representar varias generaciones de bibliotecarios. Por lo tanto, hay contribuciones escritas por jóvenes que recién han completado sus primeros pasos en la Carrera, por docentes que se han iniciado en la enseñanza hace no mucho tiempo, y por profesores que ya llevan un interregno de labor y de experiencia de varios años. Esta voluntad ha devenido en un compromiso por parte del coordinador de los trabajos, porque se considera fundamental el abordaje intergeneracional al asunto estudiado.

En un tercer apartado, se ha intentado respetar la espontaneidad de los textos leídos en la Mesa de noviembre de 2016. Si bien las producciones que se reproducen en este libro han tenido algunas mínimas ampliaciones, correcciones generales, adecuaciones a las normativas editoriales existentes en el INIBI, ha prevalecido la decisión de que estas producciones sean leídas por un amplio público relacionado con el universo de las bibliotecas. De ahí que se ha procurado que los ensayos no sean extensos y que incursionen en el debate de una forma sencilla, apelen a la síntesis, y al formato descriptivo-interpretativo, nuevamente, con el objeto de pensar esta obra como una ayuda para las clases de nuestros docentes.

El trabajo inaugural de este libro es *La Bibliotecología internacional durante las décadas de 1960 y 1970: una interpretación desde la Guerra Fría* de Faustino Gabriel Chirino. El ensayo posee varios acercamientos relevantes y de especial significación. Ante todo, demuestra que la discusión entre Juarroz y Sabor no fue un hecho aislado ni fuera de las circunstancias epocales. Al contrario, se manifestó en un período de gran turbulencia sobre la organización de la explosión informativa en el nivel mundial. Esto devino en una activa participación de organizaciones y programas internacionales en constante tensión y, en ocasiones, en disputas de alta complejidad que, en definitiva, ocasionaron marchas y contramarchas acerca de

la problemática del control, ya casi ingobernable, de los documentos producidos. La ONU, UNESCO y la FID tuvieron un papel fundamental en estos momentos, y así se instrumentaron programas como World Science Information System (UNISIST), National Information Systems (NATIS) y General Information Programme (GIP). En su texto Chirino nos recuerda dos aspectos irrevocables. El primero se focaliza en el hecho de que el debate aconteció en una etapa específica de la Guerra Fría, donde las presencias de los intereses políticos e ideológicos influyeron en los modos de pensar y ejercer el poder en la Bibliotecología (Parada, 2016b). El segundo, radica en un acontecimiento aún más trascendental: la controversia Juarroz-Sabor, sea en el campo de la Bibliotecología o en la esfera de la Documentación, estaba a la par, y tal vez la superara, con la deliberación internacional sobre “la cuestión de la información”.

No obstante, para percibir en su amplia magnitud esa situación coyuntural es indispensable poner en evidencia la expansión de ambos estudios en nuestro país. El segundo ensayo, en esa dirección, aborda dicho tema: *De Ricardo Rojas al INIBI: aproximaciones al contexto disciplinar argentino de la discusión entre Juarroz y Sabor sobre Bibliotecología y Documentación* de Leandro E. Guazzaroni. El eje principal de la exposición de Guazzaroni es componer un diagnóstico disciplinar de la Bibliotecología y la Documentación a través de una metodología sincrónica y diacrónica. Por un lado, analiza la emergencia, la disputa, los límites y la consolidación de cada área dentro de un proceso, precisamente, delineado bajo el signo de su duración en la Argentina; en especial, desde la inauguración académica de los estudios bibliotecarios-archivísticos por Ricardo Rojas en 1922, en la Facultad de Filosofía y Letras (UBA) hasta el actual INIBI; pero en la otra arista, donde subyace su aporte conceptual, en forma dialéctica, procede a insertar la idea de disciplina y de campo a partir de una lectura identificada con de la modernidad, al apelar a la concepción,

sobre estas orientaciones, de Pierre Bourdieu. Recuperar e interpretar la “mirada nacional” en el itinerario internacional escenificado por el ensayo de Chirino, evidencia, a partir de la territorialidad de lo autóctono, la actualidad casi vanguardista de Juarroz y Sabor; esto es, la extraordinaria vigencia de su debate con el pensamiento de aquello que se entendía como “campo disciplinar” desde un acercamiento filosófico y sociológico contemporáneo.

Las contribuciones arriba citadas, en resumen, como se observa, plantean la delicada y lúcida imbricación de la discusión de Juarroz y Sabor con las inquietudes imperantes en la realidad de ese momento particular e irrepetible acerca del control, identidad y normalización documental de la información.

El tercer y cuarto texto, una vez articulado y puesto en valor el plano internacional y nacional, se explayan, con la pertinencia necesaria, sobre las particularidades de las opiniones de ambos docentes. Estas exposiciones son: *Un debate histórico: Juarroz-Sabor. Una mirada al pasado con perspectiva de futuro* de Carlos Daniel Luirette, y *Bibliotecología y Documentación: Una crisis de familia. Representaciones y perspectivas a partir del debate Juarroz-Sabor* de Nora Cecilia López. Estos autores, en forma detallada, presentan los aspectos más salientes y determinantes de las posturas de Juarroz y Sabor, de modo de hacer comprensible la intencionalidad de cada uno de “los contendientes” en su intercambio sobre la naturaleza fundante de la Bibliotecología o la autonomía de la Documentación. Es medular señalar, por añadidura, algunos de los tópicos que revalorizan esta contienda mediada por la admiración y el respeto mutuo de sus participantes: las relaciones vinculantes y, a la vez, disímiles entre ambos campos; la importancia que desempeñó la enseñanza de la Bibliotecología, en ese entonces, para dirimir el profundo significado de aquello que se comprendía por la dimensión que debía

abarcar cada disciplina; la presencia, en el fondo de la controversia, de la influencia de la escuela estadounidense y de la europea, y sus constantes reconversiones a lo largo del siglo XX; el ascendiente predominio de la configuración de “Ciencia de la Información” que comenzaría con el artículo Harold Borko (1968), cuya irrupción en el ámbito internacional sería trascendente como lo plantea Chirino en el primer trabajo de este libro, entre muchas otras particularidades que escriben Nora Celia López y Carlos Daniel Luirette.

No obstante, el presente libro posee otras continuidades y enlaces bibliotecológicos. La palabra continuidad es un vocablo nutricional que no solo denota lo intencional sino que, además, consolida nuestra razón de ser en el mundo como bibliotecarios. Mal se puede rastrear un episodio histórico, que aún replica en el presente y en nuestra cotidianidad, sin meditar su posible parábola en el futuro mediato. Es por dicha razón que los integrantes de esta producción escrita, resolvimos finalizar la obra con un conjunto de reflexiones relacionadas con el porvenir de nuestra disciplina. Y aquí la continuidad se revela como un encadenamiento inevitable: discurrir críticamente sobre el debate de Juarroz y Sabor es una plataforma inmejorable para impulsar la discusión sobre aquello que vendrá en los quehaceres bibliotecológicos.

Hacia este último punto, reconfigurado por los espacios de continuación y por el propio destino de la información, se dirigen la quinta y sexta contribuciones finales: *Perspectivas tecnológicas en Bibliotecología y cada vez más Ciencia de la Información* de Ignacio Mancini; y *En pos de las perspectivas y tendencias en Bibliotecología y Ciencia de la Información* de Alejandro E. Parada. Son de destacado interés las oportunas reflexiones de Mancini, en las cuales establece las interrelaciones de las tecnologías de la información con las novedosas redes sociales y, por extensión, sus desafíos prospectivos en los servicios virtuales de las bibliotecas; la alfabetización informacional

con sus impensadas posibilidades digitales; y la diversidad arquitectónica que atraviesa a la información en las sociabilidades propuestas por la Web 2.0.

Este libro plantea, por ende, de una u otra forma, el tema mencionado de las continuidades del pensamiento bibliotecológico en la Argentina. Pasado, presente y futuro juegan un rol de complejo y difícil discernimiento. El resultado de ese pensar es lo que hoy, en la actualidad, somos y, además, lo que podremos ser en el mañana; ciertamente, distintos e impregnados por una tecnología inexistente a mediados del siglo XX cuando tuvo lugar este famoso debate. Pero imbuidos por un anhelo profesional y teórico similar, y por una necesidad de retomar esa continuidad vinculante e impulsarla hacia el encuentro con las venideras generaciones de bibliotecarios.

Resta comentar, para dar por concluida la presentación, otros aspectos de importancia. En esta controversia, tanto Roberto Juarroz como Josefa Emilia Sabor, manifestaron la existencia de dos elementos característicos del paradigma bibliotecológico: el físico (el intercambio se focalizó en la faceta material de los documentos), y el cognitivo (el contenido conceptual deviene de la propia cognición o interpretación de cada participante). Empero, ambos profesionales, en esos años, completarían el paradigma desarrollando una profunda visión social de la Bibliotecología, ya que esta polémica también debe comprenderse en clave sociológica contextual. Bastan un par de ejemplos para ilustrar la preocupación por el desarrollo del paradigma social. En 1966 Sabor proponía una nueva relectura de “las funciones bibliotecarias” en América Latina, en un esfuerzo por adaptar la profesión a la realidad de esos países (Sabor, 1966b; Romanos de Tiratel, 2012:19). Y Juarroz, acompañado también por la participación docente de Sabor, llevaba a cabo el mayor proyecto de extensión sobre aprendizaje profesional en el Cono Sur y el Caribe

hasta entonces, auspiciado por la Unesco y con amplias antecedentes en el terreno de la moderna Bibliotecología social: nos referimos al “Curso audiovisual de Bibliotecología para América Latina” (Juarroz, 1970 y 1971; Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas, 2016)⁷.

Por todo lo expuesto, el Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas (INIBI) edita y comenta esta memorable discusión; un debate que alcanzó un alto vuelo académico y que en la interpretación de sus distintas “capas y anclajes bibliotecológicos” demuestra la diversidad y riqueza abrumadora de los enfoques articulados por sus animadores.

Pero todavía debemos volver a un motivo citado y que tiene su anhelo en la conmemoración, y sus raíces en el brío de la memoria institucional: la publicación de *Una polémica con historia. El debate Juarroz-Sabor sobre Bibliotecología y Documentación*, es el mejor tributo que podemos hacer al primer cincuentenario de la fundación de este Instituto.

⁷ Otra prueba del accionar de Roberto Juarroz por el desarrollo de las bibliotecas en sus dimensiones sociales se encuentra en su trabajo sobre las bibliotecas públicas y escolares de Guatemala. En la “Introducción” de su *Plan* para este país, sostenía: “La biblioteca es un servicio social, un precioso canal educativo y un foco irradiante de cultura” (Juarroz, 1969).

○ Referencias bibliográficas

- › Albani, Juan; J. Federico Finó; Carlos Víctor Penna; Emilio Ruiz y Josefa Emilia Sabor. 1951. *Manual de Bibliotecología para bibliotecas populares*. Buenos Aires: Kapelusz.
- › Birabén, Federico. 1904. La futura biblioteca universitaria, lo que podría ser. En *Revista de la Universidad de Buenos Aires*. Año 1, tomo, 1: 232-47; 344-70; 451-89.
- › Borko, Harold. 1968. Information Science: What is it? En *American Documentation*. Vol. 19, no. 1, 3-5. <<https://doi.org/10.1002/asi.5090190103>> [Consulta: 10 de agosto 2017].
- › Buonocore, Domingo. 1942. *Elementos de bibliotecología*. Santa Fe: Impr. de la Universidad.
- › Buonocore, Domingo. 1948. *Elementos de bibliotecología*. 2ª. ed. corr. y aum. Santa Fe: Castellví.
- › Coria, Marcela Karina. 2014. La Escuela de Bibliotecología de la Provincia de Buenos Aires y la profesionalización del bibliotecario (1948-1950). En *Palabra Clave*. Vol. 4, no. 1: 48-60. <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.6407/pr.6407.pdf> [Consulta: 12 junio 2017].
- › Fernández, Stella Maris, dir. 1996. *La investigación, las bibliotecas y el libro en cien años de vida de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires*. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.
- › Finó, J. Frédéric. 1940. *Elementos de bibliología*. Buenos Aires: Coni.
- › Finó, J. Frédéric y Luis A. Hourcade. 1952. *Evolución de la Bibliotecología en la Argentina: 1757-1952*. Santa Fe: Imprenta de la

Universidad. 39 p. [Publicado en la revista *Universidad*. Universidad Nacional del Litoral. No. 25].

- › Giunti, Graciela M.; Silvia Contardi y Nancy Blanco, comps. 2016. *Crisis de familia: discusión sobre Documentación y Bibliotecología (historieta)*. Buenos Aires: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras Universidad de Buenos Aires. (Colección Saberes).
- › Groussac, Paul. 1893. *Catálogo metódico de la Biblioteca Nacional seguido de una tabla alfabética de autores. Tomo primero. Ciencias y artes*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional.
- › Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas. 2016, Noviembre 25. *Curso Audiovisual de Bibliotecología*. [Archivo de video]. <<http://repositorio.filo.uba.ar/handle/filodigital/3204>> [Consulta: 10 agosto 2017].
- › Juarroz, Roberto. 1966a. *Documentación*. Buenos Aires: Curso de Documentación para Investigadores. Centro de Documentación Científica. Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas.
- › Juarroz, Roberto. 1966b. *Documentación*. Buenos Aires: Centro de Documentación e Información Educativa. 3 p. (SIE/DOC/CLDIE/DP/3 (206). Curso Latinoamericano de Documentación e Información Educativa.
- › Juarroz, Roberto. 1966c. Bibliotecología y Documentación. Otro acercamiento a una crisis de familia. En *Boletín. Asociación de Ex alumnos de la Escuela Nacional de Bibliotecarios*. Año 2, no. 6: 1-5.
- › Juarroz, Roberto. 1968. *Documentación*. Artículo preparado para la *Enciclopedia de Ciencias de la Educación* (En prensa, Buenos Aires, Omeba). Buenos Aires: Biblioteca Central, Facultad de Agronomía y Veterinaria, Universidad de Buenos Aires; Curso de Capacitación para Bibliotecarios Agrícolas Latinoamericanos.
- › Juarroz, Roberto. 1969. *Guatemala. Plan para el desarrollo de las bibliotecas públicas y escolares: 20 de enero – 6 de abril de 1968*. Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán, Biblioteca Central.

- › Juarroz, Roberto. 1970. *Curso Audiovisual de Bibliotecología. 15 de junio – 15 de agosto de 1969. América Latina*. París: Unesco. (No. de serie 1718 BMS-RD / DBA). <<http://unesdoc.unesco.org/images/0000/000083/00839150.pdf>> [Consulta: 10 de julio 2017].
- › Juarroz, Roberto. 1971. *El Curso Audiovisual de Bibliotecología para América Latina: UNESCO, 1969*. Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán, Biblioteca Central.
- › Juarroz, Roberto. 1978. Con toda la información, más allá de la información”. En Sabor, Josefa E. *Manual de fuentes de información*. Prefacio de Roberto Juarroz. Tercera edición corregida y aumentada. Buenos Aires: Marymar. p. [1]-6.
- › Juarroz, Roberto. 1984. *Las Ciencias de la Información*. Buenos Aires: Centro de Investigaciones Bibliotecológicas de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA).
- › Juarroz, Roberto. 1986a. Filosofía de la información. En *LEA: Libros de edición argentina*. No. 21: 16-18.
- › Juarroz, Roberto. 1986b. El bibliotecario hoy y la crisis profesional. Reunión Nacional de Bibliotecarios (22ª: 1986: San Juan). *Hacia un Sistema Nacional de Información*. San Juan: ABGRA. [34 p.]
- › Juarroz, Roberto. 1990. La década del 90: La biblioteca y la profesión hacia el año 2000. Reunión Nacional de Bibliotecarios (25ª: 1990: Buenos Aires). *La biblioteca y los bibliotecarios en tiempo de crisis*. Buenos Aires: ABGRA. 29 p.
- › Matijevic, Nicolás. 1965. *Quiénes quién en la Bibliotecología Argentina*. Bahía Blanca: Centro de Documentación Bibliotecológica de la Universidad del Sur.
- › Moreno, Manuel. 1812. *Vida y memorias del Dr. Dn. Mariano Moreno, Secretario de la Junta de Buenos Ayres, capital de las Provincias del Río de la Plata: con una idea de su revolución, y de la de México, Caracas, &c.* Londres: J. M'Creery.

- › Nelson, Ernesto. 1927. *Las bibliotecas en los Estados Unidos*. New York: Dotación Carnegie para la Paz Internacional.
- › Parada, Alejandro E. 2016a. Pasión, emoción y realidad en el pensamiento bibliotecario de Roberto Juarroz. En *Fuentes. Revista de la Biblioteca y Archivo Histórico de la Asamblea Legislativa Plurinacional*. Año 15, vol. 10, no. 46: 36-50. [Existe otra edición anterior en la *Revista de la Academia Norteamericana de Lengua Española (RANLE)*. Vol. 2, no. 3, 293-309, 2013].
- › Parada, Alejandro E. 2016b. Tras las huellas de la Biblioteca Pública y su trama política: una incursión desde la Argentina. En *Fuentes. Revista de la Biblioteca y Archivo Histórico de la Asamblea Plurinacional*. La Paz, Bolivia. Vol. 10, no. 45: 27-42.
- › Penna, Carlos Víctor. 1945. *Catalogación y clasificación de libros*. Buenos Aires: Acmé.
- › Penna, Carlos Víctor. 1964. *Catalogación y clasificación de libros*. 2ª. ed. Buenos Aires: Kapelusz.
- › Planas, Javier. 2017. *Libros, lectores y sociabilidades de lectura. Una historia de los orígenes de las bibliotecas populares en la Argentina*. Buenos Aires: Ampersand.
- › Quesada, Vicente G. 1877. *Las bibliotecas europeas y algunas de la América Latina*. Buenos Aires: Imprenta y Librerías de Mayo.
- › Romanos de Tiratel, Susana. 1996. La Oficina Bibliográfica de la Universidad de Córdoba. En *Boletín de la Sociedad de Estudios Bibliográficos Argentinos*. No. 2: 61-68.
- › Romanos de Tiratel, Susana. 2012. El legado bibliográfico-bibliotecológico de Josefa Emilia Sabor (1916-2012). En *Información, cultura y sociedad*. No. 27, 11-33.
- › Sabor, Josefa Emilia. 1966a. Bibliotecología y Documentación. En *Boletín. Asociación de Ex alumnos de la Escuela Nacional de Bibliotecarios*. Año 1, no. 4: 1-5.

- › Sabor, Josefa Emilia. 1966b. Revisión del concepto de las funciones bibliotecarias en América Latina. En *Boletín de la UNESCO para las bibliotecas*. Vol. 20, no. 3: 116-125.
- › Sabor, Josefa E. y Roberto D. Juarroz. [1966-67]. *Bibliotecología y Documentación*. Buenos Aires: Centro de Documentación e Información Educativa. [10 p.]. (SIE/DOC/CLDIE/DP/17 (200)). Curso Latinoamericano de Documentación e Información Educativa.
- › Sabor, Josefa Emilia. 1968. *Métodos de enseñanza de la bibliotecología*. París: Unesco.
- › Sabor, Josefa Emilia. 1978. *Manual de fuentes de información*. 3ra. ed. Buenos Aires: Marymar.
- › Sabor, Josefa Emilia. 1995. *Pedro de Angelis y los orígenes de la bibliografía argentina. Ensayo bio-bibliográfico*. Buenos Aires: Ediciones Solar.
- › Sabor Riera, María Ángeles. 1974-1975. *Contribución al estudio histórico del desarrollo de los servicios bibliotecarios de la Argentina en el siglo xix*. Resistencia: Universidad Nacional del Nordeste, Secretaría de Coordinación Popular y Extensión Universitaria, Dirección de Bibliotecas. 2 v.
- › Selva, Manuel. 1939. *Manual de bibliotecnia*. Prólogo de E. Nelson. Buenos Aires: Julio Suárez.
- › Selva, Manuel. 1944. *Tratado de bibliotecnia*. Prólogo de E. Nelson. Buenos Aires: Suárez. 2 v.
- › Túmbarus, Juan. 1913. Apuntes de Bibliotecografía: notas histórico-bibliográficas sobre clasificación. En *Anales de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales*. Tomo 3: 604-757.
- › Túmbarus, Juan. 1915. *El bibliotecario práctico*. Buenos Aires: La Semana Médica.

1.

La Bibliotecología internacional durante las décadas de 1960 y 1970: una interpretación desde la Guerra Fría



Faustino Gabriel Chirino

Introducción

La polémica entre los profesores Roberto Juarroz y Josefa Emilia Sabor en torno a los conceptos de Bibliotecología y Documentación, sostenida a fines de la década de 1960, se inscribe, inequívocamente, en un contexto bibliotecológico y socio-político internacional de gran efervescencia. La Guerra Fría, que confrontaba a los bandos de Estados Unidos y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) (y sus respectivos aliados), determina la geopolítica de la época. Las Ciencias de la Información, en tanto prácticas situadas, son indisolubles de dicho contexto; por ello, resulta inevitable, al hablar de los avances y discusiones disciplinares de ese período, esbozar la situación internacional y sus implicancias socio-culturales en el bloque occidental, en cuyo epicentro se presenta no solo la polémica Juarroz-Sabor sino, además, la coyuntura propicia para el surgimiento de herramientas, prácticas y categorías que determinarán el carácter de las Ciencias de la Información en la segunda mitad del siglo XX y cuyas implicancias pueden rastrearse aún hoy.

Es necesario destacar que, a pesar de las diferencias evidentes en relación con los tópicos bibliotecológicos imperantes en Occidente, las tensiones internacionales se reflejan también en la Bibliotecología, lo que constituye una posible explicación del carácter cooperativo de los esfuerzos disciplinares, en especial entre Estados Unidos y Europa, en el período de los años sesenta y setenta.

La Guerra Fría

Según Eric Hobsbawm (1995) la Guerra Fría no implicó ningún riesgo real de un nuevo conflicto bélico a escala universal; la situación internacional tendió a estabilizarse al final de la Segunda Guerra Mundial y se mantuvo así hasta mediados de los años setenta, en que el sistema internacional entró en un período de crisis política y económica. La gesta ideológica anti-comunista llevada adelante por el gobierno estadounidense, empoderado y enriquecido luego de la Segunda Guerra, se fundamentó en la idea de que los países beligerantes, arruinados y hambrientos en la posguerra, constituirían un terreno propicio para la propagación de la revolución social y sus políticas económicas, incompatibles con el sistema internacional de libertad de empresa, libre mercado y de movimiento de capitales representado por Estados Unidos. No obstante esto, la URSS no representaba una amenaza real, encontrándose en ruinas, con una economía en crisis y un gobierno que desconfiaba de gran parte de su población; de hecho, ante la certeza de que el capitalismo americano se encontraba lejos de una crisis efectiva, la postura de la URSS fue, en la opinión sostenida por Eric Hobsbawm, de carácter defensivo. Así,

la política de enfrentamiento entre ambos bandos surgió de su propia situación. La URSS, consciente de lo precario e inseguro

de su posición, se enfrentaba a la potencia mundial de los Estados Unidos, conscientes de lo precario e inseguro de la situación en Europa central y occidental, y del incierto futuro de gran parte de Asia (Hobsbawm, 1995: 237).

Según el historiador británico, la situación desplazó el enfrentamiento del ámbito de la razón al de las emociones, defendiéndose modelos ideológicos susceptibles de implementarse a nivel mundial. Este cariz ideológico fue, probablemente, lo que trasladó la contienda a todos los ámbitos de la actividad humana.

Todos los gobiernos de Europa Occidental, independientemente de la importancia relativa de sus partidos comunistas, fueron anticomunistas; no obstante lo cual, la denominada “conspiración comunista mundial” no fue parte importante de su política interna. Quizás el efecto más destacado de la Guerra Fría en Europa fue la creación en 1957 de la Comunidad Económica Europea (CEE) o Mercado Común Europeo (a partir de 1993, Unión Europea), organización política sin precedentes, permanente, con el fin de integrar económica y políticamente una serie de estados nación independientes. Si bien Estados Unidos no logró imponer, en toda su magnitud, sus planes económico-políticos en Europa, sí pudo hacerlo con el trazado de su política internacional.

A principios de los sesenta, la Guerra Fría entró en un período de relativa paz, signado por una distensión en las relaciones internacionales y prosperidad económica en Europa. En 1961, el Muro de Berlín dividió el este y oeste europeos, y se avanzó hacia el control y limitación del armamento nuclear.

Explosión documental y políticas informacionales en la década de 1970

En el contexto de la explosión tecnológica, de la generalización, diversificación y perfeccionamiento técnico, del crecimiento de los estados y del desarrollo de la investigación y la enseñanza superior, en un mundo polarizado por el flujo unidireccional de la información, acorde con la lógica del imperialismo cultural, la demanda de los recursos informativos creció en forma exponencial. De este modo, la intención fue facilitar su circulación para ofrecer un acceso universal que respondiera a las necesidades de una nueva realidad cambiante y compleja, donde la información comenzaba a tener un valor en tanto insumo para la toma de decisiones. Se asistió, pues, al surgimiento de la “sociedad de la información”.

Las organizaciones intergubernamentales

Las organizaciones intergubernamentales jugaron un rol importante para el impulso de la libre circulación de la información durante la década de 1970, con actividades a gran escala y a nivel mundial, entre las que destacaron programas (y sus consecuentes documentos de trabajo) y el patrocinio de una diversidad de encuentros. Entre los esfuerzos de la época que, en lo específico, se identifican con organizaciones intergubernamentales, sobresalen los de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), enfocados en la mejora de su propia documentación y servicios de información; y los de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), a través de los programas World Science Information System (UNISIST), National Information Systems (NATIS) y General Information Programme (GIP), dedicados al desarrollo de políticas informacionales a nivel

internacional. La preocupación de las agencias internacionales por el manejo de la información surgió, en parte, como consecuencia de la crisis de comienzos de esa década por el incremento del número de documentos producidos, en adición a la falta de prácticas estandarizadas en torno a ellos.

Organización de las Naciones Unidas

La ONU se vio, entonces, impelida a adoptar políticas de control bibliográfico más efectivas en cuanto a su producción documentaria. Para ello se estableció una Unidad de Inspección Conjunta, destinada a tratar el problema de la documentación y formular políticas de información. Este reconocimiento de la necesidad de medidas informacionales por parte de la ONU fue uno de los factores que llevó a la UNESCO a apoyar programas para el establecimiento de políticas a nivel internacional.

A tal punto resultaba preocupante la situación documental de las Naciones Unidas que, en 1971, la Unidad de Inspección informó que la eficiencia de la institución en el futuro dependía de su capacidad para controlar y aprovechar su propia documentación.

En 1972 se llevó a cabo en Génova el International Symposium of the Documentation of the United Nations and other Intergovernmental Organizations, cuyas actas son publicadas dos años después por la Federación Internacional de Información y Documentación (FID), bajo el título *Utilization of International Documentation*. En este marco, se estableció que en una instancia determinada por el incremento de los datos internacionales y la creciente interdependencia entre las naciones y los campos de actividad internacional, más el consecuente crecimiento de la cantidad de información necesaria y la falta de articulación de políticas informacionales entre varias

organizaciones de las Naciones Unidas, era imprescindible que el problema de la información se instrumentara en la mejor calidad de su contenido, así como en la optimización de su manejo y uso.

Organización de las Naciones Unidas para la Educación

Durante la década de 1970, la UNESCO enfatizó el desarrollo de políticas y sistemas de información internacionales y nacionales. Esto se expresó a través de tres programas: UNISIST, de 1971; NATIS, de 1974; y GIP, de 1977. Si bien dichos programas implicaron algunos avances, fueron objeto de críticas por sus resultados y, en ocasiones, considerados decepcionantes.

Los objetivos principales del UNISIST fueron mejorar la interconexión de sistemas, fortalecer el rol de los componentes institucionales de la cadena de transferencia de la información, capacitar/producir mano de obra especializada en su procesamiento, desarrollar políticas de información en el área de la ciencia, y asistir a los países en vías de desarrollo en la creación de infraestructuras de información técnica y científica. Se pretendió el establecimiento de comités nacionales y la designación de una institución gubernamental como foco nacional del UNISIST. Entre las tareas asignadas a estos centros cabe destacar las de instalaciones tecnológicas, dedicadas al monitoreo de avances en las tecnologías de la información relativas a las telecomunicaciones, almacenamiento y manejo computarizados y técnicas microreprográficas; y, además, la relativa a la promoción para el uso de estándares de descripción bibliográfica, números de serie, etc., con el fin de garantizar la compatibilidad internacional entre sistemas y servicios nacionales. Varios países lograron establecer dichos centros; no obstante, su éxito fue modesto. En líneas generales, estos estuvieron vinculados a actividades bibliográficas (como el programa para el Control Bibliográfico Universal y la implementación del ISBN).

Es posible interpretar, por lo tanto, en la fluctuación de estos éxitos y fracasos, las tensiones entre Documentación y Bibliotecología debatidas algunos años antes por Juarroz y Sabor, ya que los avances mencionados pertenecieron a la jurisdicción de organizaciones internacionales de cariz bibliotecológico, como la IFLA.

A pesar de estas salvedades, el programa resultó rico en varios sentidos, ya que propició un ámbito de concienciación sobre la necesidad de dedicar mayores recursos a las bibliotecas y los servicios de información, lo que permitió la puesta en común de un conjunto de ideas sobre la información científica y técnica a través de reuniones internacionales organizadas por la UNESCO y financiadas por el United Nations Development Programme y que se concretaron con el sostenimiento económico de programas experimentales nacionales en países en desarrollo como Colombia, Indonesia y Corea.

Ante la insatisfacción con respecto a UNISIST, la UNESCO apoyó el National Information Systems (NATIS). Frente a la insuficiencia de un sistema de información únicamente vinculado a la ciencia y la tecnología, UNISIST decidió ampliarse a las ciencias sociales, antes de la decisión de UNESCO de apoyar NATIS. A pesar del surgimiento de NATIS, UNISIST siguió operando hasta comienzos de los ochenta, con diferentes actividades como las conferencias en la República Federal de Alemania (1978), Polonia (1979) y Estados Unidos (1980).

La aparición de NATIS se concretó en la Intergovernmental Conference on the Planning of National Documentation, Libraries, and Archives Infraestructures, llevada a cabo en París en 1974 conjuntamente por organismos internacionales, la FID, IFLA y el International Council of Archives (ICA). La UNESCO instó a los estados miembros a revisar en profundidad los acuerdos nacionales e internacionales existentes para proveer acceso a la información y delinear planes para mejorarlos. Las

directrices de NATIS tomaron forma en tres documentos publicados por la UNESCO en 1976: *National Information Policy, Design and Planning of National Information Systems* y *Establishing a Legislative Framework for the Implementation of NATIS*. Los objetivos de NATIS fueron: formular políticas nacionales de información, diseñar y planificar sistemas nacionales de información, determinar una metodología de análisis de las necesidades de los usuarios e inventario de las fuentes informativas existentes, y establecer un marco legal para la implementación de NATIS.

Es significativo que, en el contexto del programa, se haya dado lugar a discusiones de tipo terminológico. En el paper titulado *National Information Policy* se define a la biblioteca del modo siguiente: “A Library is a collection of records whether published or unpublished. The records are usually but not necessarily documents” (Chandler, 1982: 13). Esta definición resulta abarcadora, incluyendo no sólo a las bibliotecas en su acepción más tradicional, sino también a los centros de documentación e información. Dicha visión, según Chandler (1982), ya había sido expresada una década antes en *Modern Documentation and Information Practices*, publicado por la FID con asistencia de la UNESCO. Allí se indica que las diferencias terminológicas son en gran medida lexicales y varían de acuerdo a las circunstancias y países. El mismo autor propone que, independientemente de las variaciones terminológicas, los profesionales de la información (bibliotecarios, bibliotecarios especializados, documentalistas y archivistas) están, en último término, comprometidos con la organización y puesta a disposición de la información; lo distinto no reside en diferencias profesionales fundamentales, sino en el grado de especialización temática necesaria para el manejo de su colección; y, por añadidura, se propone el empleo de la palabra biblioteca con calificadores como término apropiado para la descripción de las funciones comunes a todas las unidades de información.

En las directrices de NATIS, el término central es coordinación para la implementación de políticas informativas. La imbricación de estas prácticas, en el nivel ejecutivo del establecimiento de prioridades, hacía realmente difícil su ejecución, por la lógica dificultad de acceder a las altas esferas gubernamentales para su coordinación. Hubiese resultado más funcional, con respecto a la consecución de los objetivos de NATIS, la elaboración de estrategias de cooperación por parte de sus comités. Los documentos directrices de NATIS promulgaban la importancia del libre flujo de la información, pero resultaban poco claros al establecer propuestas específicas, lo que resultó otro factor importante en el fracaso de NATIS como programa.

Aun así, NATIS logró tanto como se podía esperar en el establecimiento de un marco de referencias conceptuales, teniendo en cuenta las divergencias entre países dadas las diversas circunstancias nacionales. No obstante, apenas iniciadas las bases teóricas y la determinación de los puntos focales, fue cuando surgió el General Information Programme (GIP), también apoyado por la UNESCO para suceder a NATIS.

El GIP emerge como resultado de la integración de los sectores de Cultura y Comunicación de la UNESCO. Los estados participantes, en consecuencia, reemplazaron sus comités de NATIS por los de GIP que, lógicamente, incluían programas no sólo relacionados con la cultura sino, también, con las comunicaciones. Las actividades de los comités de GIP estaban dedicadas a la coordinación de un amplio rango de servicios con pocos puntos operacionales en común. Desafortunadamente, esta situación ocasionó que los comités se concentraran en planeamientos improductivos, con escaso contacto en la realidad. Sin embargo, el programa obtuvo algunos logros, como el International Congress on National Bibliographies.

Instituciones profesionales

Otras instituciones, bibliotecas nacionales y entidades profesionales, reconocieron asimismo la necesidad de promover la circulación de la información y lograron llevarlo a la práctica con un enfoque más pragmático. No obstante esto, los programas de la UNESCO proveyeron el marco dentro del cual se lograron algunos progresos. El empirismo de las asociaciones internacionales de bibliotecas e información, redundó en el aliento dado a prácticas cooperativas entre bibliotecas y servicios de información a escala mundial.

International Federation of Library Associations and Institutions

La International Federation of Library Associations and Institutions (IFLA) tuvo un importante desenvolvimiento en el período, incrementando su membresía (a lo largo del mundo y con diferentes tipologías de bibliotecas y agencias de información); perfeccionó su estructura administrativa, permitiendo a bibliotecas y servicios de información de distinto tipo cooperar de forma más cabal; organizó encuentros anuales con una amplia concurrencia internacional; y fomentó la colaboración con otras asociaciones internacionales para aunar inquietudes y puntos de vista en torno a problemáticas comunes.

Fundada en 1927, recién en el año 1963 le fue posible establecer un secretariado de tiempo completo; este hecho resultó fundamental para el desarrollo de sus servicios y la ampliación de su membresía, llegando a incluir a la URSS en 1967, a pesar de que no tenía una asociación profesional bibliotecaria independiente y que, finalmente, fue representada por miembros del Russian Library Council, quienes resultaron electos por el gobierno. Empero, el mayor crecimiento se dio a fines de la década de 1970, cuando llegó a tener 950 miembros.

En lo referente con la estructura administrativa de IFLA en este período, es destacable, en cuanto a los intereses de la época, la División de Control Bibliográfico, cuyos objetivos eran la promoción del intercambio internacional de información bibliográfica a través del apoyo al programa de Control Bibliográfico Universal de IFLA, la coordinación de actividades de control bibliográfico a nivel nacional, y la promoción de prácticas de catalogación uniformes. Debe recordarse que la década de 1960 fue de gran impulso para las prácticas catalográficas; en efecto, es posible mencionar la Conferencia Internacional sobre Principios de Catalogación realizada en París en octubre de 1961, con el objetivo de servir como base para la normalización internacional de la catalogación. Los códigos de catalogación elaborados posteriormente reflejan la importancia de las pautas de esa reunión; un ejemplo significativo fueron las *Anglo-american Cataloging Rules*, editadas por primera vez en 1967 bajo la forma de dos versiones: una norteamericana y otra británica; en su segunda edición, las AACR se presentaron bajo un texto único. Michael Gorman (2003) dice que el hecho de que las AACR2 se presentaran como una segunda edición se debió a motivos políticos, ya que ambas versiones difieren notablemente; amén del texto unificado, la segunda edición supone una plena aplicación de las ISBD para todo tipo de materiales y de los principios de Lubetzky. Surgieron en este período, además, el formato MARC y las ISBD.

Según Gorman estos emprendimientos, que vistos en perspectiva son el resultado de un devenir histórico, fueron en realidad consecuencia de un desarrollo irregular e independiente que, fortuitamente, coincidieron en pos del control bibliográfico.

Instituciones vinculadas a IFLA en el período

Entre las instituciones con las que IFLA mantuvo relaciones estrechas durante la época de la polémica entre Juarroz y Sabor,

pueden mencionarse la UNESCO (con un estatus consultativo), la International Organization for Standardization (ISO), el International Council on Archives (ICA), y la International Federation for Documentation (FID). Es importante destacar que en 1966, año en el cual aconteció esta discusión sobre Bibliotecología y Documentación en la Argentina, en la IFLA Council Meeting (La Haya) se esbozó la idea de combinar ambas instituciones, en un intento de que su unión fortalecería a la FID y la IFLA, a la vez que mejoraría a las bibliotecas y a las Ciencias de la Información en general.

Desafortunadamente, la fusión no llegó a concretarse. Según Chandler, la separación de los conceptos sobre el rol de la biblioteca y el del centro de documentación, que impidieron la amalgama esperada, estuvieron determinados por la presencia de las sedes de ambas instituciones en los Países Bajos; en otros casos, como lo que sucedía operativamente en la Library of Congress o la John Crerar, mencionada por Sabor, se demostró que los servicios de información especializados son inseparables de los servicios bibliotecarios tradicionales.

Conclusión: el surgimiento de la *Information Science*

Para finalizar el presente trabajo sobre la situación internacional de la Bibliotecología en las décadas de 1960 y 1970, y fuertemente vinculado a la polémica Juarroz-Sabor en tanto desarrollo teórico superador, es fundamental mencionar el artículo de Harold Borko, “Information Science: What is it?”, publicado en 1968; en este texto se instituye a la Ciencia de la Información como una disciplina dedicada a la investigación de las propiedades y comportamientos de la información, las fuerzas que gobiernan su circulación, y los medios de procesamiento

para su óptima accesibilidad y usabilidad. En el artículo se la define de la siguiente manera:

Information science is that discipline that investigates the properties and behavior of information, the forces governing the flow of information, and the means of processing information for optimum accessibility and usability. It is concerned with that body of knowledge relating to the origination, collection, organization, storage, retrieval, interpretation, transmission, transformation, and utilization of information (...) Librarianship and documentation are applied aspects of information science. The techniques and procedures used by librarians and documentalists are, or should be, based upon the theoretical findings of information science, and conversely, the theoretician should study the time-tested techniques of the practitioner (Borko, 1968: 3-4).

La Documentación y la Bibliotecología resultaban, entonces, disciplinas de carácter práctico que tendían a estar incluidas en la Ciencia de la Información. De esta manera, en el mismo año que finalizaba el debate Juarroz-Sabor en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, se desplegaba una nueva interpretación, sin duda, fructífera y enriquecedora para nuestro campo disciplinar.

○ Referencias bibliográficas

- » Borko, Harold. 1968. Information Science: What is it? En *American Documentation*. Vol. 19, no. 1, 3-5. <<https://doi.org/10.1002/asi.5090190103>> [Consulta: 10 mayo 2017].
- » Chandler, George. 1982. *International and national library and information services: A review of recent developments, 1970-80*. Oxford; New York: Pergamon Press.
- » Gorman, Michael. 2003. Control o caos bibliográfico: un programa para los servicios bibliográficos nacionales del siglo XXI. En *Anales de Documentación*. No. 6, 277-288. <<http://revistas.um.es/analesdoc/article/viewFile/3751/3651>> [Consulta: 12 mayo 2017].
- » Hobsbawm, Eric. 1995. La Guerra Fría. En su *Historia del siglo XX: 1914-1991*. Barcelona: Crítica. p. [229]-259.

Resumen

La polémica sobre los conceptos de Bibliotecología y Documentación sostenida por Roberto Juarroz y Josefa Emilia Sabor, a fines de la década de 1960, se presentó en el contexto de la Guerra Fría. Las Ciencias de la Información no son ajenas a este panorama, de importantes implicancias socio-culturales en el bloque occidental, dándose así en la disciplina no solo la polémica Juarroz-Sabor sino, también, el surgimiento de herramientas, prácticas y categorías que resultarán determinantes para ella a partir de entonces.

2.

De Ricardo Rojas al INIBI: aproximaciones al contexto disciplinar argentino de la discusión entre Juarroz y Sabor sobre Bibliotecología y Documentación



Leandro E. Guazzaroni

Introducción: en busca del contexto perdido

Indagar el contexto histórico disciplinar de la discusión sobre Bibliotecología y Documentación en nuestro país es una estrategia imprescindible para orientar la comprensión de las representaciones en juego y apuntalar nuestras perspectivas actuales respecto del debate.

En la serie de artículos que organizan la discusión, Roberto Juarroz y Josefa Emilia Sabor justifican sus posiciones con múltiples referencias a instituciones, autores, publicaciones y acontecimientos históricos europeos o estadounidenses. Pero ninguno de los dos se refiere ni una vez al estado de la cuestión en la Argentina. Solo hay alusiones a estados de ánimo; se atribuyen “irritaciones” y “veleidades” al colectivo bibliotecario y/o documentalista pero podríamos atrevernos a sospechar que son, en rigor, sus sensaciones personales respecto de la polémica.

La versión del debate adaptada al lenguaje de la historieta *Crisis de familia* (Giunti et al., 2016) representa este aspecto de manera notable: podemos seguir cuadro a cuadro la discusión, con estos dos grandes exponentes de nuestra disciplina como protagonistas excluyentes. Los vemos defendiendo sus posiciones, expresadas con inteligencia en cada viñeta, profusamente asediados por recuadros con las listas de autoridades extranjeras que invocan como fundamento.

Esta intriga por ese silencio orienta la hipótesis de lectura que queremos proponer para pensar el contexto nacional del debate. ¿Qué pasaba en el ámbito bibliotecológico argentino?, ¿cómo se posicionaban Juarroz y Sabor?, ¿qué lugares ocupaban? Descorriendo ese velo quizás podamos leer esta crisis de familia como una lucha de poder; una disputa entre dos posiciones que promueven distintas representaciones y perspectivas disciplinares, en el marco de una crisis o redefinición de los límites del campo bibliotecológico.

Para dar cuenta de esta lectura que estamos sugiriendo, es oportuno hacer primero una breve descripción de la teoría de los campos de Pierre Bourdieu, que tomamos como herramienta de análisis, para luego repasar una serie de datos a partir de los cuales se pueden bosquejar las líneas características del contexto bibliotecológico nacional en el que tiene lugar la polémica que estamos revisitando.

Un campo en disputa: límites entre Bibliotecología y Documentación

En el desarrollo de su teoría, entre las décadas de 1960 y 1990, Pierre Bourdieu define el concepto de campo de diferentes maneras. Para sintetizar estas definiciones podemos postular que un campo es un espacio social relativamente autónomo, con una estructura y una

lógica propias; que se constituye como un sistema de relaciones o líneas de fuerza. Cada campo se configura como un espacio de juego, forjado históricamente, con instituciones específicas y leyes de funcionamiento propias (Bourdieu y Wacquant, 1995; Bourdieu, 2003).

Tenemos entonces una teoría de la estructura social que funciona como un esquema ordenador, basado en una serie de campos vinculados y, a la vez, relativamente autónomos. Así, cada campo se define por su especificidad pero también existen leyes generales que son válidas para diferentes campos: educativo, académico, artístico, científico, político, religioso, deportivo, etc.

Podemos repasar estas leyes generales de los campos con algunas referencias al campo bibliotecológico en el contexto de la discusión:

- » Los campos se piensan relacionamente, como sistemas de posiciones y de relaciones entre posiciones que pueden ser analizadas independientemente de quiénes las ocupan. La discusión de Juarroz y Sabor es la expresión de dos posiciones contrapuestas: a favor y en contra de la autonomía de la Documentación respecto de la Bibliotecología.
- » Los campos funcionan siempre que haya algo en juego y gente dispuesta a jugar; actores en posesión de un capital simbólico que los habilita para la disputa. Juarroz y Sabor, en la década de 1960, son dos de los exponentes más destacados de la disciplina en nuestro país y asumen el desafío de dar un debate que en ese momento representa una de las principales problemáticas del campo bibliotecológico a nivel internacional.
- » Un campo constituye un espacio de luchas destinadas a conservar o transformar ese campo. Sabor encarna una posición más conservadora mientras que Juarroz representa la posición transformadora respecto del campo bibliotecológico.

En los campos se producen constantes redefiniciones de las relaciones de fuerza entre los actores involucrados y las instituciones. Juarroz y Sabor van a desarrollar sus carreras profesionales con roles muy protagónicos en las instituciones más prestigiosas del campo bibliotecológico nacional. El intercambio tiene lugar en una publicación especializada, y en las posturas defendidas subyace la voluntad de imponer la posición propia en otros espacios institucionales como el plan de estudios de la carrera o los proyectos de investigación científica.

También se redefinen los límites del campo y sus relaciones con los demás campos. En el proceso que va configurando el campo bibliotecológico en la Argentina, esta redefinición de sus límites y sus relaciones con los demás campos se reconoce por la forma de su inscripción en el campo cultural. En esta vecindad disciplinar la Bibliotecología se irá entramando con los campos educativo, literario, histórico y político pero en una posición subalterna. Durante la década de 1960, mientras se da el debate entre Juarroz y Sabor, ya se advierten las primeras notas del proceso social global que luego será definido como el advenimiento de la Sociedad de la Información. Juarroz y Sabor identifican este contexto como una oportunidad para consolidar la autonomía disciplinar. Ambos están pensando los límites del campo bibliotecológico y su articulación con los campos académico y técnico-científico; con la información especializada como recurso estratégico que crea las condiciones para el desarrollo de un mayor protagonismo disciplinar.

Dos siglos de bibliotecología argentina: emergencia y consolidación de un campo disciplinar

Con este marco conceptual como referencia queremos proponer dos aproximaciones para dar cuenta del contexto nacional del debate entre Juarroz y Sabor. Un abordaje diacrónico, que abarca más de dos siglos,

revela el proceso histórico en el que se va configurando el campo bibliotecológico y un abordaje sincrónico, que sitúa la polémica en su contexto específico, permite describir el estado del campo bibliotecológico durante la década de 1960.

En el abordaje diacrónico, para la representación del contexto tomamos la periodización histórica de la evolución bibliotecológica nacional propuesta por Alejandro E. Parada (2004), quien distingue seis etapas: hispánica, independiente o de la Revolución de Mayo, de concienciación bibliotecaria, pre-profesional, de inicio profesional, y de consolidación profesional.

En la lectura que proponemos, estas seis etapas pueden agruparse en dos bloques o ciclos generales. Uno para las primeras tres etapas, que se extiende desde la época colonial hasta finales del siglo XIX. Y otro para las siguientes tres, que abarca todo el siglo XX y se extiende hasta el presente.

En un breve repaso de los tres períodos del primer ciclo queremos destacar que a lo largo de todo ese tiempo, con la creación progresiva de diversos tipos de bibliotecas se van a generar las condiciones para la emergencia del campo bibliotecológico.

El período hispánico, vinculado a las colecciones de libros de las congregaciones religiosas, inaugura nuestra prebibliotecología. Aparecen las primeras configuraciones normativas de índole bibliotecaria para el uso de los libros, como el catálogo y el reglamento de la biblioteca de los jesuitas en Córdoba y, además, la presencia de importantes bibliotecas particulares, como las de Juan Baltasar Maziel, Manuel de Azamor y Ramírez, y la de Facundo de Prieto y Pulido, donde se instrumentan los primeros espacios de socialización de la lectura

que, en cierto sentido, impulsan algunos proyectos de fundación de bibliotecas que van a concretarse en la etapa siguiente.

En el período independiente o de la Revolución de Mayo, la fundación de la Biblioteca Pública de Buenos Aires (1810) sienta las bases para todo el desarrollo posterior de prácticas y pensamientos bibliotecológicos; es al mismo tiempo un punto de partida y una referencia para pensar la dimensión política de las bibliotecas.

Durante el período de concienciación bibliotecaria, Domingo F. Sarmiento es el principal impulsor de las bibliotecas populares (1870) como dispositivos que permiten apuntalar la expansión del proceso de alfabetización en la transición del siglo XIX al XX.

En el segundo ciclo, los siguientes tres períodos describen la articulación de una serie de prácticas que configuran el espacio bibliotecológico como un campo disciplinar. Entre las más relevantes, debemos destacar la institucionalización de la enseñanza de la Bibliotecología; la creación de las primeras asociaciones y reuniones profesionales; o la publicación, cada vez más frecuente, de obras sobre la materia y el desarrollo sistemático de la investigación científica.

Queremos repasar algunos de los hechos más destacados de estos tres períodos (pre-profesional, de inicio profesional, y de consolidación profesional) porque describen la evolución bibliotecológica y constituyen los antecedentes más directos del contexto en el que se produce el debate entre Juarroz y Sabor.

Del período pre-profesional, que se inicia en 1893 con la publicación del *Catálogo Metódico de la Biblioteca Nacional* a cargo de Paul Groussac, debemos subrayar:

- » La realización del Primer Congreso de Bibliotecas Argentinas en 1908, en el marco del cual se crea la Asociación Nacional de Bibliotecas.
- » La creación de la Oficina Bibliográfica Nacional en 1909, bajo la influencia del movimiento documentalista impulsado por Paul Otlet y Henri La Fontaine.
- » La realización del Primer Curso de enseñanza de la Bibliotecología, a cargo de Federico Birabén, entre 1909 y 1910.
- » La creación, en 1922, de la Escuela de Archiveros y Bibliotecarios de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, durante el decanato del Dr. Ricardo Rojas.

Luego, en el período de inicio profesional, podemos destacar:

- » La creación del *Curso de Biblioteconomía* del Museo Social Argentino, a cargo de Manuel Selva en 1937.
- » La creación, a fines de 1941, del Instituto Bibliotecológico de la Universidad de Buenos Aires, antecedente del SISBI, a cargo desde 1943 de Ernesto Gustavo Gietz; quien en 1940 había publicado *Bibliotecas y elementos bibliográficos*, el texto de la conferencia pronunciada un año antes en el Colegio Nacional de Buenos Aires, donde acuña el término y da la primera definición de “Bibliotecología”.

Por último, desde mediados de la década de 1940 hasta nuestro presente, se extiende el período de consolidación profesional, en el que tiene lugar el debate entre Juarroz y Sabor. De este período queremos recuperar algunos hechos que apuntalan esta consolidación del campo disciplinar:

- » En 1943 el curso de Manuel Selva se transforma en la Escuela de Bibliotecología del Museo Social Argentino, bajo la

influencia técnica de Carlos Víctor Penna, quien introduce nuevos enfoques disciplinares adoptados de la tradición estadounidense y será en los años posteriores uno de los principales referentes de la Bibliotecología latinoamericana.

- » Entre 1945 y 1949, el profesor Augusto Raúl Cortazar propone un nuevo plan de estudios para la carrera de Bibliotecario en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, actualizado en sintonía con el modelo estadounidense.
- » En 1947 se realiza la Asamblea de Bibliotecarios de las Américas en Washington y se suceden numerosas reuniones, congresos, jornadas y eventos profesionales en el país.
- » En 1952 aparece la tercera edición reformada de *Elementos de Bibliotecología* (1^{ra}. edición, 1942) de Domingo Buonocore.
- » En 1953 se crea la Asociación de Bibliotecarios Graduados de la República Argentina (ABGRA).
- » En 1957 se inaugura la Escuela Nacional de Bibliotecarios de la Biblioteca Nacional y, a partir de entonces, comienzan a crearse cada vez más escuelas en el interior del país.
- » En 1967 se funda, por iniciativa de Josefa Emilia Sabor y con apoyo económico de la UNESCO mediante la gestión de Carlos Víctor Penna, el Centro de Investigaciones Bibliotecológicas de la UBA; al año siguiente Sabor publicará *Métodos de enseñanza de la Bibliotecología*, editado y ampliamente distribuido por la UNESCO.
- » Entre 1969 y 1971 se desarrolla el *Curso audiovisual de Bibliotecología*, a cargo de Roberto Juarroz; también por iniciativa conjunta de la UNESCO y la UBA.
- » En 1970 se aprueba la reforma del plan de estudios de la UBA, que cambia su denominación por Ciencias de la Información y establece un nuevo escalonamiento de títulos, incorporando por primera vez el grado de licenciatura y la posibilidad de acceder al doctorado; con lo cual se

equipara al mismo nivel que las demás carreras dictadas en la facultad.

Así llegamos a los días de la polémica entre Juarroz y Sabor sobre la relación entre Bibliotecología y Documentación. Todos estos acontecimientos, que venimos repasando para dar cuenta del proceso en el que se configura el campo bibliotecológico en nuestro país, quisiéramos resumirlos en una sentencia: la consolidación de la Bibliotecología como un campo disciplinar autónomo, con instituciones y lógicas de funcionamiento propias, puede describirse como una trayectoria que va de Ricardo Rojas al INIBI.

Con esta afirmación podemos retomar la inquietud planteada al comienzo como hipótesis de lectura. En el contexto nacional de la discusión, que los autores omiten, podemos leer esta crisis de familia como una disputa entre dos actores que buscan imponer su perspectiva en el campo bibliotecológico. Y esta lucha por el sentido de la disciplina se libra fundamentalmente en los espacios creados en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Por eso “de Ricardo Rojas al INIBI”. Tanto la Escuela como el Centro de Investigaciones fueron los primeros de su tipo en Latinoamérica y desde ahí se proyectaron estos dos referentes de nuestra disciplina. Ambos se sucedieron al frente del departamento y de la carrera de Bibliotecología en la facultad. Ambos estuvieron a cargo de las iniciativas conjuntas de la UBA y UNESCO, que hicieron escuela en América Latina (el *Curso Audiovisual* y el CIB, este último, en la década del noventa se transformará en el Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas – INIBI). Ambos fueron becados para perfeccionarse en el exterior y ocuparon cargos como asesores en Bibliotecología y Documentación en distintos organismos nacionales e internacionales. Ambos trabajaron intensamente por el desarrollo de la disciplina, impulsando líneas de investigación y formando a las generaciones de futuros profesionales.

Consideraciones finales: el desafío de honrar un legado disciplinar

Para conmemorar sus primeros 120 años, la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires organizó en 2016 un congreso especial con el lema “Legados, debates, desafíos”. Bajo esa inspiración, el Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas tuvo la iniciativa de visitar este clásico debate entre Roberto Juarroz y Josefa Emilia Sabor, recuperando los textos originales que articularon aquella disputa y preparando una versión adaptada de la polémica al lenguaje de la historieta.

Este trabajo es una transcripción de la ponencia con la que participamos, junto a otros colegas, en la mesa de presentación de esa historieta: *Crisis de familia. Discusión sobre Documentación y Bibliotecología* (Giunti et al., 2016). Quisimos recuperar el contexto nacional del debate para reponer su dimensión conflictiva y situarnos como sucesores de ese legado, que estas dos figuras descollantes de nuestra disciplina nos siguen transmitiendo. Ese es el desafío que intentamos asumir desde nuestro contexto como una continuación que honre esa tradición crítica y propicie todas las instancias que contribuyan al desarrollo disciplinar de la Bibliotecología y la Ciencia de la Información.

○ Referencias bibliográficas

- » Bourdieu, Pierre. 2003. *Campo de poder, campo intelectual: itinerario de un concepto*. Buenos Aires: Quadrata.
- » Bourdieu, Pierre y Lóic J. D. Wacquant. 1995. *Respuestas por una antropología reflexiva*. México: Grijalbo.
- » Giunti, Graciela M.; Silvia Contardi y Nancy Blanco, comps. 2016. *Crisis de familia: discusión sobre Documentación y Bibliotecología (historieta)*. Buenos Aires: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras Universidad de Buenos Aires. (Colección Saberes).
- » Parada, Alejandro E. 2004. Historia de la Bibliotecología en Argentina. En *Referencias. Revista de la Asociación de Bibliotecarios Graduados de la República Argentina*. Vol. 9, no. 1, 7-11.

Resumen

Se describe el contexto disciplinar argentino de la discusión entre Juarroz y Sabor sobre Bibliotecología y Documentación desde dos aproximaciones basadas en la teoría de los campos de Pierre Bourdieu. Por una parte, se reseña el proceso histórico de conformación del campo bibliotecológico en el país desde la época colonial; por otro lado, se describen las características generales de ese campo durante la década de 1960 como contexto específico de la discusión.

3.

Un debate histórico: Juarroz-Sabor. Una mirada al pasado con perspectiva de futuro

 Carlos Daniel Luirette

Introducción

Volver a transitar determinados textos históricos provoca, en algunos casos, un hilo conductor, una huella, entre el pasado y el presente. Por cierto, no es fácil adentrarse en una discusión académica como la que tuvo lugar a mediados de la década del sesenta, entre la profesora Josefa Emilia Sabor, Directora de la Carrera de Bibliotecología de la Universidad de Buenos Aires, y el profesor y poeta Roberto Juarroz, titular por aquellos años de la Cátedra Documentación General. Cabe destacar que dicha discusión transitó, precisamente, puntos de vista disímiles con respecto a la ubicación de la “Documentación”, dependiente o fuera de la “Bibliotecología”; dicha discusión, “una crisis de familia”, tuvo como protagonistas a estos dos referentes históricos de nuestra disciplina.

En el presente contexto, surgen tres reflexiones que se cree importante señalar en esta oportunidad. En primer lugar, la falta de “debates académicos” que adolece la Bibliotecología Argentina; la ausencia de una

controversia de ideas y pensamientos que, en muchos casos, pueden ayudar a clarificar cuestiones que aún no han sido resueltas académicamente; pero no discusiones “bizantinas”, al decir de Sabor, sino aplicando el cada vez menos usado “pensamiento crítico” en nuestro debate de ideas; acaso nuestra falta de compromiso político y consustanciación con la profesión motiven esta situación. Nos falta reflexión y discusiones que brinden claridad conceptual y calidad intelectual como los que en su tiempo aportaron el binomio Juarroz-Sabor.

En segundo lugar es llamativo, o quizás sea una consecuencia de la primera reflexión, que todavía se siga discutiendo si la Bibliotecología comprende a la Documentación o, si por el contrario, la Documentación es independiente de la Bibliotecología o, finalmente, si la Ciencia de la Información comprende a ambas. Es decir, la discusión aún no terminó. Al respecto es interesante citar, entre otros destacados teóricos, a Miguel Ángel Rendón Rojas, cuando en la introducción del libro *Bibliotecología, Archivología y Documentación: intradisciplina, interdisciplina o transdisciplinariedad* afirma que:

(...) la pregunta que dirigió todo el proceso de nuestro estudio y a la cual queríamos proporcionar una respuesta fue pensar si ¿existe una ciencia de la información documental o son varias las ciencias de la información documental?; en consecuencia, con la pregunta anterior surgieron otras interrogantes particulares tales como: ¿cuál es el estatus científico de la Bibliotecología, la Archivística y la Documentación? ¿son ciencias independientes en sí mismas o son disciplinas de una ciencia general? ¿cuál es la relación que guardan la Bibliotecología, la Archivística y la Documentación en el sentido de si existe intradisciplinariedad o transdisciplinariedad, complementación, inclusión, subordinación? (2011: xvii).

Se podría afirmar entonces que el debate académico “Juarroz-Sabor”, quienes fueron pioneros en América Latina en plantear esta problemática de nuestro campo académico, todavía mantiene su vigencia.

Un tercer aspecto que llama la atención es que en la época de la discusión “Juarroz-Sabor-”, Harold Borko estaba publicando su famoso artículo “Information Science: What is it?, donde dice:

Information science is that discipline that investigates the properties and behavior of information, the forces governing the flow of information, and the means of processing information for optimum accessibility and usability (Borko 1968: 3).

Entonces cabe preguntarse si ya se hablaba en el mundo académico de la “Ciencia de la Información” como superadora de la “Documentación”, ¿cómo seguíamos discutiendo localmente acerca de la identidad de la Documentación o de la Bibliotecología? Es importante tener en cuenta que ya en 1962, en la Conferencia de Georgia (EEUU), se había dado entidad a la “Ciencia de la Información”.

Habrá que indagar dentro del contexto histórico de esta discusión y preguntarnos por qué en ese período histórico no se hablaba sobre la “Ciencia de la Información” y, por el contrario, sí sobre la Documentación. Parafraseando a Borges, tal vez por “nuestro destino sudamericano” los cambios tardan en aceptarse y ser aplicados. Recordemos que nuestra carrera recién reformuló su nombre con la implementación del nuevo plan de estudios en 1999, y se denominó “Bibliotecología y Ciencia de la Información”, aunque curiosamente en el plan de estudios de 1970 la carrera se llamaba “Ciencias de la Información”.

Perfil biográfico del Profesor Roberto Juarroz

Se cree oportuno en este contexto, brindar una semblanza biográfica del profesor Roberto Juarroz. Nacido en 1925 en Coronel Dorrego (Provincia de Buenos Aires), durante su vida abrazó con pasión sus dos principales ocupaciones, la Bibliotecología y la poesía; su prestigio dentro del campo de la poesía es lo suficientemente conocido, por lo cual no se profundizará, más allá de mencionar que su *Poesía vertical* lo convirtió en uno de los poetas más importantes de la segunda mitad del siglo XX; entre sus reconocimientos, en 1986, fue incorporado a la Academia Argentina de Letras; en 1992 recibió el premio de la Bienal Internacional de Poesía en Lieja (Bélgica) y, en 1994, el Gran Premio de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores (SADE).

En su trayectoria en el campo de la Bibliotecología se graduó como Bibliotecario en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Entre los años 1961 y 1962 fue becado para realizar estudios de Bibliotecología y Documentación en la Sorbona y en el Centre National de la Recherche Scientifique (CNRS) de París, donde asistió como alumno a los cursos de la destacada bibliógrafa Louise Noëlle Malclès. Se destacó como Director del Curso Audiovisual de Bibliotecología, proyecto conjunto de la UNESCO y de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, que ha sido recordado en el marco de Filo:120; el curso, presentado por primera vez en Tucumán, se dictó en varias ciudades de América Latina: Cochabamba (Bolivia), Quito (Ecuador), Tegucigalpa (Honduras), La Habana (Cuba) y en varias ciudades argentinas, lo que implicó un hito de avanzada de la Bibliotecología Argentina en Latinoamérica. Fue Director del Departamento de Ciencias de la Información (en su antigua denominación), entre 1970 y 1973. Resultó nuevamente nombrado como Director del Departamento de

Bibliotecología y Documentación de la FFyL de la UBA, entre 1975 y 1984 (Fernández, 1996).

Como menciona Alejandro E. Parada, en un artículo de homenaje a Roberto Juarroz, se plantea este interrogante:

Quizás, en este intento casi imposible de aproximarse al pensamiento bibliotecario de Juarroz, es oportuno señalar las materias que dictó en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, pues al identificarlas por sus nombres se manifiestan, sin equívocos, las temáticas que consideraba indispensables para la formación profesional del bibliotecario. Aunque restan algunas que expuso en otras oportunidades, las asignaturas fundamentales fueron las siguientes: Documentación General, Introducción a las Ciencias de la Información, Panorama de la Cultura Actual, Introducción a la Ciencia y la Técnica y Bibliotecología Comparada (2013: 294).

Sin lugar a dudas estas asignaturas no fueron elegidas al azar; basta haber conocido a Juarroz a través de sus clases para comprender que la búsqueda de una Bibliotecología más humanizada, y su preocupación por el desarrollo de los pueblos postergados, solo eran posibles con buenas escuelas, buenos docentes, buenas bibliotecas y buenos profesionales bibliotecólogos. Roberto Juarroz falleció el 31 de marzo de 1995.

La Documentación en la Argentina

Roberto Juarroz, junto a Roberto Couture de Troismonts, promovió la difusión de los estudios de Documentación en el país, sin duda motivado por el curso sobre Documentación realizado en el CNRS. A

su regreso al país Juarroz comenzó a dictar la materia Documentación General y, en este punto, en una Bibliotecología Argentina de mediados de la década del sesenta, influida por la corriente anglosajona, al igual que Couture, establece una síntesis entre la escuela europea y la escuela estadounidense. De este modo, las bibliotecas especializadas podrían desarrollar una política activa en la producción de documentos.

Es en este contexto, cuando Juarroz formula una definición de la Documentación como disciplina independiente; primero en 1966 y luego en su artículo para la Enciclopedia Omeba de Ciencias de la Educación; en esta última instancia, define la Documentación del modo siguiente: “Conjunto de técnicas y teorías cuya finalidad es la organización y la difusión activa de la información especializada, para ponerla a disposición del investigador” (Juarroz, 1968: [1]).

Ante esta situación, la profesora Sabor sostiene que “la referencia sería así un poco como la madre de la documentación” y agrega, a continuación, una reflexión significativa:

Juarroz, por su parte, en una elaboradísima definición, apoya la diferencia en la producción de documentos secundarios, su difusión y conservación, que son para él uno de los signos distintivos de la documentación. Pero las bibliotecas especializadas como la John Crerar de Chicago, elaboran innumerables documentos secundarios a los que aseguran una difusión envidiable para más de un centro de documentación (Sabor, 1966: 5).

Y es entonces en esas sutiles y profundas diferencias donde comienza este debate académico que se está rememorando.

En la adaptación al formato historieta de aquella histórica discusión (Giunti, et al., 2016), nos imaginamos a un Juarroz muy enfrascado en sus convicciones sobre la autonomía de la Documentación con respecto de la Bibliotecología, y a una Sabor tratando de convencer a su colega que la Documentación no tenía tal autonomía y que no podía desconocer sus orígenes en/dentro del campo de la Bibliotecología. Para ello es necesario tratar de hacer un cuadro de situación y recurrir a los textos originales e indagar en profundidad la dimensión que tuvo aquella controversia académica, en cuyo texto original Juarroz afirma:

La documentación ha configurado su autonomía sobre la base de un déficit bibliotecario: la demora de las bibliotecas en adaptarse y responder a las nuevas urgencias de la organización, el control y la difusión de la información. Aprovechando las técnicas bibliotecológicas, la Documentación las aplicó con enfoque dinámico al campo de la información especializada, elaborando poco a poco una gama peculiar de procedimientos y conceptos, hasta estructurar hoy un ciclo dotado con caracteres propios (Juarroz, 1966: [2]).

Lo que Juarroz está manifestando es justamente que la Documentación se nutrió de las fuentes de la organización bibliotecológica, pero en algún punto la Bibliotecología, no supo, no pudo o no quiso integrar a la Documentación dentro de su ámbito profesional y, en consecuencia, es allí donde la Documentación tomó su propio vuelo.

En este sentido, Juarroz sigue la misma línea argumental de Jesse H. Shera y Margaret E. Egan, quienes en 1964, hablando del colapso de la organización bibliotecológica en los EEUU, decían lo siguiente:

La falta de madurez profesional en la organización de las bibliotecas en aquella época, impidió el establecimiento de un servicio de clasificación centralizado y mantenido por la contribución de

los diversos miembros de la institución. En esta forma, una parte importante del mecanismo bibliográfico para posibilitar la consulta de una gran cantidad de publicaciones contemporáneas, dejó de ser atribución exclusiva del bibliotecario profesional... Ese abandono de un importante sector de la responsabilidad profesional no solo debilitó el prestigio de la profesión bibliotecaria en relación a otros grupos profesionales, sino que -lo cual es más importante- debilitó y perjudicó el crecimiento de la biblioteconomía como disciplina intelectual. El ámbito profesional así desvinculado de la biblioteconomía, fue recogido y desenvuelto por el floreciente grupo de los documentalistas (Shera y Egan, 1964: 287).

Es probable que esta crítica demoledora de Shera a los bibliotecarios haya jugado un rol importante en la postura de Juarroz, que parece reafirmarlo en otra parte de su respuesta a la profesora Sabor, donde dice textualmente:

Ambas disciplinas han de situarse en planos complementarios, dejando de lado, tanto las “resistencias” bibliotecarias como las “veleidades” documentarias y recordando que el conocimiento, la cultura y las vías por las cuales discurren constituyen en último término una estructura única, de claro sentido social, a pesar de los múltiples matices de su enriquecedora diversidad (1966: 2-3).

Juarroz está diciendo que ambas disciplinas, más allá de sus diferencias de criterios con respecto al tratamiento documental, se complementan mutuamente en una estructura que no les hace perder su autonomía, pero que integran una finalidad única que es el rol social que tienen asignadas, tanto la Bibliotecología como la Documentación, en la sociedad: la de permitir el acceso pleno y sin restricciones a la información.

Quizás viendo este texto en retrospectiva, puede hasta parecer contradictoria la postura de Juarroz, donde por un lado manifiesta la autonomía de la Documentación respecto de la Bibliotecología y, por el otro, reconoce el grado de interdependencia que poseen.

Más adelante, en su respuesta a Sabor, aparece un Juarroz quizá más componedor cuando dice:

Pero no nos perdamos en una dialéctica más o menos inocua o en una “discusión bizantina”, tal como teme con fundamento la profesora Sabor. Y digamos, volviendo en parte al comienzo, que si el ciclo bibliotecológico y el ciclo documentario no parecen coincidir exactamente, tan negativo resulta el tratar de uniformarlos a presión como el intento artificial de separarlos completamente. Que la Documentación y la Bibliotecología elaboren con la mayor vitalidad posible sus técnicas y teorías, buscando por supuesto precisar sus respectivos campos de acción... (Juarroz, 1966: [4-5]).

Es interesante señalar que el propio Juarroz no daba por cerrada la discusión; siempre mantiene una posición abierta, donde de alguna manera está señalando que cada disciplina debe encontrar su *corpus* epistemológico propio y que sería nefasto forzar una situación tanto en el intento de separar como de unir a presión ambas disciplinas.

Conclusión

A medio siglo de este debate académico, en otro contexto histórico, político y social, donde además de la Bibliotecología y la Documentación se encuentra a la Ciencia de la Información que parece absorber a todas las demás disciplinas, sigue el debate con otros protagonistas y otros recursos tecnológicos impensables a

mediados del siglo pasado; no obstante, retomar aquellas discusiones académicas, en las que es posible imaginar a Juarroz y Sabor también debatiendo sus diferencias fuera de la escritura, y representar esta controversia en forma de historieta (Giunti, et al., 2016), trata de recuperar la profundidad de aquellas discusiones en el imaginario bibliotecológico argentino.

○ Referencias bibliográficas

- » Borko, Harold. 1968. Information Science: What is it? En *American Documentation*. Vol. 19, no. 1, 3-5. <<https://doi.org/10.1002/asi.5090190103>> [Consulta: 10 mayo 2017].
- » Fernández, Stella Maris, dir. 1996. *La investigación, las bibliotecas y el libro en cien años de vida de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires*. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. p. 462-463.
- » Giunti, Graciela M.; Silvia Contardi y Nancy Blanco, comps. 2016. *Crisis de familia: discusión sobre Documentación y Bibliotecología (historieta)*. Buenos Aires: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras Universidad de Buenos Aires. (Colección Saberes).
- » Juarroz, Roberto. 1966. Bibliotecología y Documentación. Otro acercamiento a una crisis de familia. En *Boletín. Asociación de Ex alumnos de la Escuela Nacional de Bibliotecarios*. Año 2, no 6: 1-5.
- » Juarroz, Roberto. 1968. *Documentación*. Artículo preparado para la *Enciclopedia de Ciencias de la Educación* (En prensa, Buenos Aires, Omeba). Buenos Aires: Biblioteca Central, Facultad de Agronomía y Veterinaria, Universidad de Buenos Aires; Curso de Capacitación para Bibliotecarios Agrícolas Latinoamericanos.
- » Parada, Alejandro E. 2013. Pasión, emoción y realidad en el pensamiento bibliotecario de Roberto Juarroz. En *Revista de la Academia Norteamericana de Lengua Española (RANLE)*. Vol. 2, no. 3, 293-309.
- » Rendón Rojas, Miguel Ángel, coord. 2011. *Bibliotecología, archivística, documentación: intradisciplina, interdisciplina o transdisciplinariedad*. México: UNAM, Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas. (Teorías y Métodos).

- » Sabor, Josefa Emilia. 1966. Bibliotecología y Documentación. En *Boletín. Asociación de Ex alumnos de la Escuela Nacional de Bibliotecarios*. Año 1, no. 4: 1-5.
- » Shera, Jesse H. y Margaret E. Egan. 1964. Examen del estado actual de la Biblioteconomía y de la Documentación. En *Universidad*. Universidad Nacional del Litoral. No. 61, 279-321.

Bibliografía consultada

- » Juarroz, Roberto. 1984. *Las Ciencias de la Información*. Buenos Aires: Centro de Investigaciones Bibliotecológicas de la Facultad de Filosofía y Letras – UBA. (Cuadernos de Bibliotecología, no. 7).
- » Parada, Alejandro E. 2015. Hacia un inventario provisional de las tendencias en Bibliotecología y Ciencia de la Información. En *Información, cultura y sociedad*. No 33, 75-88.
- » Sabor, Josefa E. y Roberto D. Juarroz. [1966-67]. *Bibliotecología y Documentación*. Buenos Aires: Secretaría de Estado de Cultura y Educación. Centro Nacional de Documentación e Información Educativa. Curso Latinoamericano de Documentación e Información Educativa. [Incluye los trabajos de Sabor y Juarroz publicados en 1966 en el *Boletín. Asociación de Ex alumnos de la Escuela Nacional de Bibliotecarios*].
- » Shera, Jesse H. 1968. Sobre bibliotecología, documentación y ciencia de la información. En *Boletín de la Unesco para las bibliotecas*. Vol. 22, no. 2, 62-702.

Resumen

Trabajo presentado como tema de debate en la mesa redonda “Una crisis de familia” dentro del marco de las Jornadas Filo: 120, en conmemoración del 120º aniversario de la Facultad de Filosofía y Letras

de la Universidad de Buenos Aires. Se recordó y actualizó la célebre discusión académica que en la década del sesenta tuvo como protagonistas a dos de los más destacados profesores y profesionales de la Bibliotecología argentina, la profesora Josefa Emilia Sabor y el profesor Roberto Juarroz. Dicho debate tuvo como eje principal la discusión sobre si la Documentación pertenece o no al campo de la Bibliotecología, lo que motivó una larga controversia académica en aquellos años. Para este evento se eligió el material ilustrativo en formato de historieta como elemento disparador y para recrear en el imaginario colectivo cómo habría sido aquella discusión entre el binomio Juarroz-Sabor. Además de la presentación de la figura del profesor Juarroz y su postura académica, se plantea la necesidad de mantener en la actualidad debates de similares características, con el propósito de enriquecer la profesión no solo desde lo académico sino, también, para que tal discusión signifique la posibilidad de ejercer un potencial impacto en la sociedad.

4. Bibliotecología y Documentación: “Una crisis de familia. Representaciones y perspectivas a partir del debate Juarroz-Sabor”



Nora Cecilia López

Introducción

En el marco de las actividades programadas para la conmemoración de los 120 años de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (UBA), el Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas (INIBI) presentó la historieta *Crisis de familia: discusión sobre Documentación y Bibliotecología* –una adaptación de los textos originales del debate entre Roberto Juarroz y Josefa Emilia Sabor realizada por las licenciadas Graciela M. Giunti, Silvia Contardi y Nancy Blanco, con dibujos de Lautaro Parada (2016); la obra también incluye los textos que conforman el cuerpo del recordado intercambio académico. La presentación se realizó en el Panel disciplinar dedicado al tema Bibliotecología y Documentación: *Una crisis de familia: representaciones y perspectivas a partir del debate Juarroz-Sabor* que respondió al propósito de retomar la discusión entre dos de las personalidades más destacadas de la disciplina en nuestro país,

reflexionar sobre esta controversia en el contexto en el cual se originó y desarrolló, y proponer posibles articulaciones con las perspectivas actuales en Bibliotecología y Ciencia de la Información.

En ese contexto, participé en la mesa redonda reflexionando sobre la perspectiva de la profesora Josefa Emilia Sabor¹, de reconocida trayectoria en el ámbito bibliotecológico nacional e internacional y que nos legara una “producción original, extensa y contundente de la que todos los profesionales en ejercicio, así como los profesores e investigadores, seamos conscientes o no conscientes de ellos, somos tributarios” (Romanos de Tiratel, 2012: 13).

Las relaciones entre la Bibliotecología y la Documentación

El histórico debate comenzó en realidad cuando Roberto Juarroz (1968)² presentó un artículo titulado “Documentación” para publicar en la *Enciclopedia de Ciencias de la Educación Omeba* donde sostenía la autonomía de ese campo del saber respecto de la Bibliotecología.

Sabor (1966) escribió un breve texto para dar cuenta de su posición en el *Boletín de Ex alumnos de la Escuela Nacional de Bibliotecarios* con el propósito “de abrir –si fuera posible– una discusión más seria y mejor documentada sobre un tema que está irritando la piel de los bibliotecarios”. Esperaba dar inicio a un debate sobre una situación que por esos días desafiaba a la comunidad bibliotecaria.

¹ Véase Nota biográfica, p. 85-86.

² Para una cronología de los documentos originales que motivaron este debate, véase la Presentación en este libro: p. 21 (nota del coordinador).

Ya en el inicio de la nota, Sabor parece prepararse para el debate cuando –haciendo pie en la tradición bibliotecológica de la corriente anglosajona– enuncia un conjunto de hechos que reflejan la extraordinaria evolución de la Bibliotecología en los últimos 60 años del siglo XIX. Estos son:

- » 1841, Sir Anthony Panizzi revoluciona el British Museum y la Bibliotecología toda al imponer a sus remisos catalogadores su código de los 91 normas.
- » 1850. Un grupo de caballeros –en buena parte hispanistas– de la ciudad de Boston impulsa a su municipio a fundar la Biblioteca Pública.
- » 1876. Entre muchas otras cosas, este año clave ve celebrarse en Filadelfia la Centennial Conference, en la que se escucha a Samuel S. Green defender un nuevo servicio bibliotecario: la asistencia al lector o, para decirlo con la expresión hoy en uso, la referencia.
- » Charles A. Cutter descubre una nueva panacea: el catálogo diccionario.
- » Melvil Dewey inicia la serie de grandes clasificaciones estrictamente bibliotecarias –es decir topográficas– con su *Decimal Classification*, a la que esperan, con una fulgurante trayectoria, el panegírico y la diatriba.
- » 1882, Paul Otlet y Henry [sic] La Fontaine deciden en Bruselas ayudar a quienes no encuentran en las bibliotecas asistencia personal organizada.
- » Europa, que se ha resistido a aceptar las ideas de Green, es el campo propicio para hacer madurar esa idea.
- » 1885. Se reúne en París la primera conferencia de bibliografía, de la que surgirá el Instituto Internacional de Bibliografía y la decisión de crear, sobre lo base de la clasificación de Dewey (biblioteconómica) una clasificación

también decimal más expandida (bibliográfica) para uso del propio Instituto (Sabor, 1966: 2).

Como se aprecia a simple vista, en el artículo de la profesora se deslizó un error en las fechas de dos eventos correspondientes, uno a 1892, y el otro a 1895. Esta situación llamó la atención de Juarroz (1966) que se encargó de corregir ambas fechas pues están vinculadas, nada más ni nada menos, que a dos eventos fundantes en la historia de la Documentación. Esto es: en 1892 se realizó el encuentro “decisivo” en Bruselas entre Paul Otlet y Henri La Fontaine y, en 1895, la Primera Conferencia Internacional de Bibliografía en París. Juarroz recordaría también que la fundación del Instituto Internacional de Bibliografía en 1895 sería un “punto de partida concreto para la disciplina”.

Josefa Emilia Sabor plantea, en definitiva, una continuidad en la evolución de la Bibliotecología que incluye al movimiento bibliográfico de información especializada que dio origen a la Documentación como una nueva instancia de perfeccionamiento o desarrollo. Lo expresa con claridad y contundencia:

La idea esencial ya está dada por Green y por Otlet y por La Fontaine: así como lo biblioteca-panteón se eclipsa en 1841, la documentación surge en 1876 cuando se suma, a la decisión de organizar, la de servir a otro con el dato y la información.

Qué después el camino se bifurque, o que se formen dos separados aunque paralelos, es cosa secundaria. Lo que interesa es el enriquecimiento de la idea bibliotecaria de 1841 a 1876: el paso de la colección estática y acumulada a la colección organizada; el paso de los beneficios de la organización a los beneficios de la información. La referencia sería así un poco como lo madre de lo documentación (Sabor, 1966: 3).

La profesora sitúa el origen de la Documentación en 1876 señalando su inclusión en el ámbito de la Bibliotecología. Juarroz (1966) se opuso con firmeza a esta posición señalando que él prefería hablar de dos respuestas a un mismo problema –satisfacer la necesidad de información especializada– que surgieron casi simultáneamente en Estados Unidos y en Europa. Consideraba que los pocos años de ventaja que podían atribuirse a la referencia respecto de la Documentación y la escasa repercusión de las intervenciones de Samuel S. Green y de Joseph Henry en Inglaterra en 1883, impedían pensar en la subordinación de la Documentación a la Bibliotecología.

Sabor alude a la “desorientación” y al “desconcierto” que reinaba en la comunidad bibliotecológica por esos días; una desorientación que había llevado a notables bibliotecarios a ensayar diversas explicaciones y teorías para dilucidar las relaciones entre la Bibliotecología y la Documentación. Destacaba la siguiente particularidad: Europa no había aceptado el servicio de referencia organizado pero había desarrollado la Documentación y, en Estados Unidos –donde se había inventado la referencia– se aceptaba la Documentación y se trataba “de ensamblar las dos cosas”.

Llegado a este punto conviene recordar que numerosos especialistas han producido a través de los años una copiosa cantidad de estudios sobre las relaciones entre estos campos de saber. En ese sentido, con el propósito de trazar un panorama de la situación, Ana María Martínez sintetiza las cuatro posiciones que se han manifestado en otros países a partir del estudio de la obra de López Yepes.

- a) los autores que consideran que la Bibliotecología incluye la Documentación,
- b) los que por el contrario afirman que la Documentación incluye la Bibliotecología,

- c) los que postulan un paralelismo o una yuxtaposición entre ambas y d) los que perciben que la Bibliotecología y la Documentación son disciplinas diferentes (Martínez, 2004: 29).

La enseñanza de la Bibliotecología

Si nos remitimos a las consideraciones de Sabor en el capítulo “El plan de estudios” de la obra *Métodos de enseñanza en la Bibliotecología* (Sabor, 1968: 68-80) –manual orientado especialmente a los países donde la disciplina estaba en vías de desarrollo– conoceremos sus inquietudes respecto de las relaciones entre la Bibliotecología y la Documentación y sus derivaciones en el ámbito de la enseñanza. Afirma allí que los bibliotecarios, antes de encarar cualquier aspecto de la enseñanza, deberían dirimir si la Documentación forma o no parte de la Bibliotecología. Si en las escuelas se llegaba a aceptar a la Documentación como una rama de la Bibliotecología, entonces la formación de los nuevos especialistas exigiría un enfoque multidisciplinario y la inclusión de materias de otras carreras. A su entender, era muy probable que esa carga excediera las posibilidades de las escuelas en los “países en vías de desarrollo”. Como se aprecia, este tipo de debate, que parece ceñirse a una cuestión eminentemente teórica sobre los límites entre dos disciplinas, tiene su correlato en el ámbito de la enseñanza y una clara incidencia en el diseño curricular, en los programas y contenidos de las materias, en el cuerpo docente, infraestructura, etc.

Me permito subrayar que las preocupaciones que con tanta precisión manifestó Sabor, sin duda, adquieren renovada vigencia hoy en día ante el empuje y la consolidación de la denominada Ciencia de la Información; demás está aclarar que sus relaciones con nuestra

disciplina también han originado posiciones encontradas que, como colectivo bibliotecológico, necesitamos reconocer y analizar.

Conclusiones

La decisión del INIBI de impulsar la publicación de la historieta y presentar al mismo tiempo el panel disciplinar de Bibliotecología y Ciencia de la Información en las Jornadas conmemorativas Filo: 120, se transformó en una oportunidad invaluable para profundizar en el posicionamiento de los profesores Roberto Juarroz y Josefa Emilia Sabor en lo que concierne a las relaciones entre la Bibliotecología y la Documentación. Pero en lo personal, quiero destacar mi asombro por el despliegue extraordinario de erudición, rigor intelectual y precisión conceptual, todo esto aunado a una prosa clara, limpia y apasionada al mismo tiempo.

Para finalizar, quisiera transmitir la importancia de abreviar en las innumerables contribuciones no solo de los protagonistas de este debate sino, además, en las de todos los docentes a lo largo de la historia de la Carrera de Bibliotecología y Ciencia de la Información, en el convencimiento de que servirán para recrear y consolidar el sentido de nuestra pertenencia académica y profesional.

Nota biográfica

Josefa Emilia Sabor nació en la Provincia de Pontevedra (España) en 1916 y falleció luego de una extensa y multifacética trayectoria profesional en 2012 en la ciudad de Buenos Aires. Se recibió de profesora en Historia y de Bibliotecaria en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

En lo que atañe a su actuación profesional en el ámbito de nuestra carrera, entre 1955 y 1970 dirigió la Escuela de Bibliotecarios de esta casa de estudios.

En esta misma Escuela se desempeñó como docente en las cátedras de *Introducción a la Bibliotecología*, *Referencia*, *Bibliografía general* y *Bibliografía especializada*.

Fue la directora fundadora entre 1967 y 1973 del Centro de Investigaciones Bibliotecológicas (actual Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas – INIBI), el primero en América Latina, constituido con el apoyo de la Unesco.

En el ámbito internacional ejerció varios cargos para la OEA como directora de la Biblioteca y del Departamento de Publicaciones del Centro Interamericano de Viviendas (CINVA) en Bogotá (1952-1953). En 1958 fue becada por la Unesco y la OEI para estudiar durante seis meses Documentación en España, Francia, Italia, Alemania Occidental y Brasil. Fue becada por el Foreign Leader Program del Bureau of Educational and Cultural Affairs del State Department para estudiar la enseñanza de la Bibliotecología en 10 escuelas universitarias de los Estados Unidos.

○ Referencias bibliográficas

- » Giunti, Graciela M.; Silvia Contardi y Nancy Blanco, comps. 2016. *Crisis de familia: discusión sobre Documentación y Bibliotecología (historieta)*. Buenos Aires: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras Universidad de Buenos Aires. (Colección Saberes).
- » Juarroz, Roberto. 1966. Bibliotecología y Documentación. Otro acercamiento a una crisis de familia. En *Boletín. Asociación de Ex alumnos de la Escuela Nacional de Bibliotecarios*. Año 2, no 6: 1-5.
- » Juarroz, Roberto. 1968. *Documentación*. Artículo preparado para la *Enciclopedia de Ciencias de la Educación* (En prensa, Buenos Aires, Omeba). Buenos Aires: Biblioteca Central, Facultad de Agronomía y Veterinaria, Universidad de Buenos Aires; Curso de Capacitación para Bibliotecarios Agrícolas Latinoamericanos.
- » Martínez, Ana María. 2004. Teoría bibliotecológica en la Argentina = Library Theory: its situation in Argentina. En *Tendencias de la investigación bibliotecológica en la Argentina = Library Research in Argentina: new approaches*. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas. p. 25-35 y 65-71.
- » Romanos de Tiratel, Susana. 2012. El legado bibliográfico-bibliotecológico de Josefa Emilia Sabor (1916-2012). En *Información, cultura y sociedad*. No. 27: 11-33.
- » Sabor, Josefa Emilia. 1966. Bibliotecología y Documentación. En *Boletín. Asociación de Ex alumnos de la Escuela Nacional de Bibliotecarios*. Año 1, no. 4: 1-5.
- » Sabor, Josefa Emilia. 1968. *Métodos de enseñanza de la bibliotecología*. Con un estudio preliminar de Ricardo Nassif. París: Unesco. (Manuales de la Unesco para las bibliotecas; 16).

Bibliografía consultada

- » Fernández, Stella Maris. 1996. La formación profesional del bibliotecario en la Facultad de Filosofía y Letras: 74 años de existencia. Segunda parte. En Fernández, Stella Maris, dir. *La investigación, las bibliotecas y el libro en cien años de vida de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires*. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. p. 358-392.

Resumen

El artículo presenta el texto de la exposición efectuada en el marco del Panel disciplinar Bibliotecología y Documentación: “Una crisis de familia. Representaciones y perspectivas a partir del debate Juarroz-Sabor” realizado el viernes 25 de noviembre de 2016 en el contexto de las Jornadas Filo: 120. Recupera aspectos salientes de la postura de la Prof. Josefa Emilia Sabor en el debate que llevó adelante con el Prof. Roberto Juarroz en lo que concierne a las relaciones entre la Bibliotecología y la Documentación.

5. Perspectivas tecnológicas en Bibliotecología y cada vez más Ciencia de la Información

 Ignacio Mancini

Introducción

Entre las perspectivas a señalar en el futuro desarrollo de la Bibliotecología y Ciencia de la Información, no cabe duda que la perspectiva tecnológica es una constante preocupación y ocupación de las desproporciones disciplinares que atañen a los profesionales de la información.

En este sentido, el problema de delimitación de la propia disciplina representa una serie de dilemas que se ponen en juego a la hora de establecer competencias profesionales y líneas de investigación. A modo de ejemplo, cada una de las instancias del circuito documental ha sido atravesada por procesos de formalización plasmados en los más diversos lenguajes de programación. Procesos como la selección, la catalogación, la circulación y el servicio de referencia cuentan ya con varias instancias de aplicaciones tecnológicas, las cuales a su vez interactúan entre sí con fluctuante éxito. Los servicios de descubrimiento, gestores de referencias bibliográficas o motores de búsqueda

personalizados son solo algunos de los posibles ejemplos actuales a citar. Los desafíos varían de acuerdo a las épocas. De hecho, la preocupación por las cuestiones tecnológicas en la formación profesional de los bibliotecarios se remonta a mediados del siglo pasado.

La tecnología en la formación profesional bibliotecológica

Si bien la introducción de las primeras computadoras en las bibliotecas de los países desarrollados se produciría a escala masiva unos años después, la Federación Internacional de Asociaciones de Bibliotecas (IFLA) ya en 1963 había creado la Sección de Tecnología de la Información. Cabe destacar, que recién en 1967 se crearía el formato MARC de intercambio de registros bibliográficos y, un año después, aparecería el fundante artículo de Harold Borko (1968) sobre la Ciencia de la Información. Quizás este carácter premonitorio haya sido determinante para el alzamiento de voces opuestas a la introducción de la tecnología en las bibliotecas, aun en esa misma sección. Ya con ese debate superado, en los años setenta la sección se enfocó en formatos bibliográficos, estándares e intercambio de datos; en los ochenta en redes y sistemas de almacenamiento; entre 1987 y 1992 en protocolos, sistemas electrónicos de envíos de documentos y catálogos en línea de acceso público (OPACs); a mediados de los noventa en conectividad, protocolos y publicación electrónica; y, en el cambio de milenio, en bibliotecas digitales (McCallum, 2003).

En nuestro país, la imbricación entre tecnología y Bibliotecología y Ciencia de la Información no es lejana. El *Curso Audiovisual de Bibliotecología* dirigido por Roberto Juarroz fue una experiencia pionera a nivel latinoamericano de educación a distancia en Bibliotecología.

En el Plan de Estudios de Ciencias de la Información promovido por el mismo Juarroz y aprobado en 1970 en la Universidad de Buenos Aires, las materias *Fundamentos de Automatización y Sistemas de Información* serían el embrión de lo que en el último Plan derivó en una orientación en Tecnología de la Información. En la actualidad, la influencia de la tecnología se evidencia incluso en la forma en la que algunas Reuniones Profesionales se denominan. En 2003 se realizó la primera edición de las Jornadas de la Biblioteca Digital Universitaria (JBDU). La misma se viene realizando ininterrumpidamente hasta nuestros días. Muchos de los temas abordados son aquellos tratados en los años subsiguientes en la sección de tecnología de la información de IFLA. Entre los más diversos temas presentes en las sucesivas ediciones de las JBDU es posible destacar:

- » Web 3.0
- » Digitalización de archivos
- » Uso de *twitter* en bibliotecas universitarias
- » Adquisición de libros electrónicos
- » Gestión editorial en acceso abierto
- » Usabilidad en sitios web
- » Repositorios digitales temáticos e institucionales
- » Bibliografía Digital Obligatoria

En noviembre de 2016 se realizó, del 7 al 9 de noviembre, el I Congreso Internacional de Humanidades Digitales. Fue un espacio interdisciplinario en el que se demuestra que los actores que tradicionalmente fueron señalados como resistentes al cambio tecnológico, piensan su praxis en términos digitales. En esta ocasión los ponentes bibliotecólogos fueron una minoría en un evento en el que participaron egresados de Letras, Sociología y Edición, entre otras carreras.

Homonomia, polisemia y obsolescencia

La constante evolución de las herramientas presenta problemas de índole terminológica, puesto que las denominadas Nuevas Tecnologías de la Información y la Comunicación, en algunos casos no solo ya no son nuevas y han sido superadas sino que, además, resulta inasible la información alguna vez transmitida a través de las mismas.

Ocho años atrás, en el cuplé “Los viejos militantes”, la murga uruguaya “Agarrate Catalina” ilustraba las desventuras de aquellos que lucharon por una utopía en los años ‘70 y se encuentran en un mundo atravesado por prácticas comunicacionales ajenas a las suyas:

...Yo, que a mucha gente contacté
y a mucha gente recluté
al MLN.
Hoy, el reclutado he sido yo
cuando un contacto me agregó
al MSN...

Cabe añadir que hubo numerosas implementaciones de servicios de referencia por *MSN Messenger* en bibliotecas. Los mismos han mutado hacia plataformas ad hoc como el chat de *Facebook* o *WhatsApp*, en plena conciencia de que para un adolescente contemporáneo el MSN tiene simbolizaciones análogas a las del telégrafo para los inmigrantes digitales.

Las actuales redes sociales no sólo difieren de las relaciones no mediadas tecnológicamente entre actores sociales (tan mencionadas en Trabajo Social), sino que además difieren entre sí. Su constante mutación, muy a menudo, pone en jaque a los usuarios en el más amplio y comercial sentido.

Diego Ferreyra suele afirmar en sus clases en la Universidad de Buenos Aires que los tesauros se actualizan por comisión u omisión. Justamente, gracias a las aplicaciones tecnológicas que permiten acceder a los términos utilizados para la búsqueda en los Sistemas de Recuperación de la Información, se puede detectar la omisión de ciertos conceptos acordados previamente en una comisión, así como la inclusión de nuevos términos como indicadores que pueden alertar sobre la obsolescencia de determinadas categorías.

El problema terminológico afecta a la misma disciplina en su constitución de identidad. Un tercio de las escuelas de Bibliotecología en Estados Unidos directamente abandonaron el término *Library* en sus titulaciones. *Information Science* constituiría un código para despegarse de la era jurásica y afirmarse en la digital (Johnson, 2010). Hasta la especialización de “bibliotecario de sistemas” conlleva una decena de denominaciones (Martín, 2009). Encontrándose la profesión en un entorno cultural con una desatinada representación social y con matrículas decrecientes, se comprenden los motivos de dicha estrategia. Sin embargo, esta crisis de identidad puede ocasionar una pérdida de rumbo y de esencia. Alejandro E. Parada (1999), advertía tanto sobre el riesgo del extremismo tecnófilo como del humanismo anacrónico, pero sin renunciar al compromiso social. Afortunadamente, ya antes de la explosión informativa posterior a la II Guerra Mundial, S. R. Ranganathan, un matemático, bibliotecario y filósofo de la India, dejó rastros escritos (ahora digitalizados) que funcionan como brújula.

Alfabetización digital e informacional

Desde la gestión de las instituciones, el acompañamiento tecnológico implica necesariamente un mayor desarrollo en el servicio.

Este crecimiento, en pocas ocasiones, se ve reflejado en un aumento correspondiente del personal dedicado exclusivamente a comunicar y desarrollar habilidades informacionales en estos entornos.

De todo esto se desprende que es ineludible el rol de los profesionales de la información documental en lo que atañe a la formación de un espíritu de apropiación crítica ante cada inminente ola tecnológica. La adopción de determinadas herramientas por parte de la comunidad se realizará en momentos disímiles.

No tiene sentido forzar aprendizajes instrumentales que no tendrán una contraprestación en los resultados esperados por los usuarios. En esta línea, se muestra oportuno profundizar en el conocimiento de las mismas para poder aconsejar y acompañar en función de las necesidades reales de cada sujeto. Sería cuanto menos inocente considerar que todos los desarrolladores ponen a disposición de los usuarios, de forma visible, todas sus funcionalidades. A modo de ejemplo, la gran mayoría utiliza Google como motor de búsqueda. Sin embargo, el porcentaje de aquellos que conocen la búsqueda avanzada es muchísimo menor, y la búsqueda personalizada (*Custom Search Engine*) es desconocida aún entre algunos profesionales de la información.

Este es solo uno de los tantos ejemplos que ilustran cómo la alfabetización informacional es una perspectiva ineludible en el presente y devenir disciplinar. La organización consecutiva de las Jornadas Regionales de Alfabetización Informacional organizada por la Red de Universidades Nacionales del Conurbano Bonaerense –RUNCOB–, es una iniciativa que acompaña esta empresa.

En estas mismas Jornadas se expuso sobre la función de los videojuegos en las bibliotecas (Leiva y Vila, 2015). En la exposición, las autoras narraron el caso de la Universidad Nacional de General Sarmiento.

A partir de habitar la biblioteca desde su rol de *gamers*, los hijos de estudiantes de las carreras se convierten en excelentes guías cuando la biblioteca universitaria recibió una visita de una escuela de la zona.

Cuanto más se diversifica el público, mayores probabilidades existen para que la función de recreación de las bibliotecas se desarrolle. La alfabetización digital para el uso responsable en el esparcimiento presenta nuevos desafíos. La biblioteca de la Universidad Metropolitana para la Educación y el Trabajo (UMET) registra en su Sistema Integrado de Gestión Bibliotecaria los préstamos de computadoras portátiles. La UNGS también presta *tablets* y lectores de libros electrónicos. En cuanto a los libros electrónicos como contenido, representan además grandes desafíos legales y de preservación (Crosetto, 2011).

Preservación digital: o de cómo todavía es necesario consignar la fecha de acceso al citar

La preservación digital es una constante preocupación de las instituciones productoras de las más diversas manifestaciones culturales registradas. Las temporalidades imaginadas de los usos de la información, pueden tener una influencia sustantiva en la elección de los soportes.

En numerosas ocasiones un grupo de creadores de actividades artísticas o intelectuales deciden dar luz a una publicación. Cuando este emprendimiento se materializa en un artefacto tangible, puede generar una creación fabricada en el medio digital. La publicación en Acceso Abierto es fundamental para una rápida propagación que permita generar un impacto inmediato en la comunidad de uso imaginada e, incluso, la más inesperada. En efecto, el uso

contemporáneo es el más esperado y para el cual se genera la producción. No obstante, si en el futuro se desearan realizar estudios históricos sobre el período, su disponibilidad estará atada a la estabilidad del hardware y el software en un contexto capitalista en el que la obsolescencia programada es uno de los motores del consumo. Desde la interrupción del mantenimiento del *hosting* hasta la migración de formatos o soportes, las razones por las cuales esto puede suceder son múltiples. Revistas, documentos de trabajo, *blogs*, recitales, desarrollos informáticos o *tweets* son solo algunos de los objetos informacionales que se someten a la fragilidad y volatilidad del entorno hipermedial.

A fines de la década de 1990 la novedad del medio electrónico agregó el prefijo *e* a numerosas actividades como el *e-commerce* o el *e-learning*. En un momento posterior, el paradigma de la Web 2.0 ha reformulado tantas actividades que es habitual encontrar mencionado el término *Biblioteca 2.0* (Casey y Savastiniuk, 2007). El contexto predominante de una de estas herramientas en particular, llámese Facebook, suma una arista más a la antinomia presente en los modos de presentación de la información: la rápida propagación contra el acceso universal derivado de la garantía de su conservación. En este conjunto se incluyen aquellos sujetos contemporáneos que, por no obtener los permisos necesarios, no pueden acceder al contenido, y también las generaciones venideras que no puedan contar con el acceso al recurso. Es fundamental, entonces, alentar a una reflexión en los productores de información sobre el modo de publicación en base a los objetivos.

El debate sobre la muerte del libro constantemente y por doquier se inicia y concluye con la presunción de que el libro impreso no va a desaparecer. No obstante, desde la comunicación se apuesta por esta probabilidad (Scolari, 2014). Es en esta disyuntiva donde

aparece oportuno diferenciar a los formatos de los tipos de documentos. Si bien solemos asociar al libro con las monografías y las obras de ficción, el soporte papel también ha sido anfitrión de diccionarios, enciclopedias, repertorios biográficos, guías de obras de referencia y boletines institucionales. Estos son los formatos que están migrando desde lo analógico hacia lo digital.

En Argentina, la censura y quema de libros se ha realizado de forma intencionada (Invernizzi y Gociol, 2002), aunque quizás la mayor forma de pérdida del valor del objeto librario es la originada por la negligencia de quienes se supone que tienen que difundirlo. En esta línea, si bien lo digital suele representar acceso inmediato a la información, en muchos más casos de lo imaginado no sucede, puesto que el medio sufre constantes amenazas a su perdurabilidad. La escasa continuidad en las políticas de acceso a la información resulta en la creación de valiosas fuentes abiertas de información que ante cambios de gestiones o falta de financiamiento se ven condenadas a su desaparición. Dejando a un lado la enorme cantidad de información que se ha producido y almacenado en terminales sin una dirección en internet, gran parte de la información en línea será una especie en extinción. La plataforma de publicación condicionará el acceso futuro.

Las redes sociales pueden ofrecer un acceso instantáneo a contenidos para un círculo cercano, o por lo menos para un entorno delimitado por interacciones previas acordadas. Por lo tanto, es un excelente medio para difundir información a públicos segmentados por intereses comunes, pero no para almacenarla. Tipos de datos que en tiempos pretéritos circulaban por publicaciones impresas efímeras, en la actualidad solo se propagan a través de las redes sociales.

Conclusiones

En una disciplina en constante transformación, los desafíos son constantes. La comunidad bibliotecológica discute sobre las innovaciones en eventos profesionales y promueve el uso responsable de las herramientas a través de la alfabetización informacional.

Las múltiples denominaciones implican el replanteo de las propias competencias, pero hasta el *cybrarian* tiene como misión la conservación del patrimonio cultural, aunque sea el digital. En este sentido, no sorprende que una de las banderas de los bibliotecarios como profesionales de la información sea el acceso abierto y por medios recuperables. La web es nuestra (Movia, 2012), y por ello no podemos jugar como espectadores en esta batalla. Gracias a iniciativas como la *Wayback Machine* del Internet Archive, se puede acceder a versiones anteriores de sitios web abiertos. Todos los estudios históricos que se realizaron tomando como fuentes las correspondencias, serían irrealizables para nuestra época, a excepción de cuando conscientemente se decide imprimir o aunque sea almacenar esta información en un medio electrónico publicable. La producción científica se propaga a través de medios sumamente inestables y vulnerables a la precariedad institucional. Para que a cada lector/a le llegue su libro, es necesario que el Estado financie, coordine y legisle (Ranganathan, 1931). Entre las nuevas misiones del bibliotecario emerge ayudar a elaborar proyectos para que se legisle en esta dirección¹, así como concientizar a toda entidad productora de información sobre la naturaleza de los medios.

¹ La Ley 26899 de Creación de Repositorios Digitales Institucionales de Acceso Abierto, Propios o Compartidos es un logro fundamental en lo que respecta a la visibilidad de la producción científica local.

○ Referencias bibliográficas

- » Borko, Harold. 1968. Information Science: What is it? En *American Documentation*. Vol. 19, no. 1, 3-5. <<https://doi.org/10.1002/asi.5090190103>> [Consulta: 10 mayo 2017].
- » Casey, Michael y Laura Savastinuk. 2007. *Library 2.0: a guide to participatory library service*. Medford: Information Today.
- » Crosetto, Laura. 2011. The use and preservation of E-books. En Polanka, S., ed. *No shelf required: e-books in libraries*. Chicago: ALA. p. 125-134.
- » Invernizzi, Hernán y Judith Gociol. 2002. *Un golpe a los libros: represión a la cultura durante la última dictadura militar*. Buenos Aires: Eudeba.
- » Johnson, Marilyn. 2010. *This book is overdue!: how librarians and cybrarians can save us all*. New York: Harper Perennial.
- » Leiva, María Eugenia y María Inés Vilá. 2015. Los videojuegos como herramientas para el desarrollo de competencias informacionales. 14 p. Trabajo presentado a las III Jornadas Regionales de ALFIN, realizadas en Buenos Aires del 16 al 18 de septiembre de 2015.
- » Martín, Sandra Gisela. 2009. Bibliotecario de sistemas: una especialización con futuro. En *Información, cultura y sociedad*. No. 21, 69-74.
- » McCallum, Sally. 2003. *40 years of technology in libraries: a brief history of the IFLA Section on Information Technology, 1963/64 - 2003*. <<http://www.ifla.org/files/assets/information-technology/publications/40-years-of-its.pdf>> [Consulta: 30 abril 2017].
- » Movia, Guillermo. 2012. Transparencia, participación, descentralización, transformación: apuntes sobre “las almas” de Internet y la World Wide Web. En Lago Martínez, S. comp. *Ciberspacio y resistencias: exploración en la cultura digital*. Buenos Aires: Hekht. p. 51-67.

- » Parada, Alejandro. 1999. Bibliotecología y responsabilidad social. En *Información, cultura y sociedad*. No. 1, 65-75.
- » Ranganathan, Shiyali Ramamrita. 1931. *The Five Laws of Library Science*. Madras: Madras Library Association.
- » Scolari, Carlos. 2014. Mientras miro las viejas hojas: una mirada semiótica sobre la muerte del libro. En Carlón, M y C. A. Scolari, eds. *El fin de los medios masivos: el debate continúa*. Buenos Aires: La Crujía. p. 33-46.

Bibliografía consultada

- » Rodríguez, Pablo. 2012. *Historia de la información: del nacimiento de la estadística y la matemática moderna a los medios masivos y las comunidades virtuales*. Buenos Aires: Capital Intelectual.

Resumen

La relación entre la Bibliotecología y Ciencia de la Información y la tecnología es inseparable. En las siguientes páginas se describe la misma a través de la presencia de Jornadas Profesionales especializadas y sus temáticas. La terminología aparece como un problema nuclear en la disciplina. Surge la constante necesidad de mutar de plataforma en el Área de Servicios, en donde la alfabetización informacional resulta ineludible. La preservación digital crece como desafío ante las nuevas arquitecturas de participación de las redes sociales.

6.

En pos de las perspectivas y tendencias en Bibliotecología y Ciencia de la Información

 Alejandro E. Parada

Suele ser complejo identificar y diseñar, con una correcta aproximación de corto y mediano plazo, las perspectivas de una disciplina tan mediada por las tecnologías de la información como la actual (y por qué no, posmoderna) Bibliotecología y Ciencia de la Información (BCI). No obstante, en el marco de este encuentro y de la presente celebración de los 120 años de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, es posible enumerar, en forma muy incompleta y preliminar, algunas de las orientaciones que considero de especial significación¹.

Una síntesis de dichas tendencias es la siguiente: la crisis de la denominación de nuestra disciplina, el papel del liderazgo de la profesión en la Web 2.0, el tópicos de la coestión entre los bibliotecarios y los usuarios, las potencialidades de autorrepresentación y deliberación en las bibliotecas, las dimensiones tecnológicas, la construcción de

¹ Este trabajo se basa en las siguientes contribuciones anteriores: Parada, Alejandro E. 2015. Hacia un inventario provisional de las tendencias en Bibliotecología y Ciencia de la Información. En *Información, cultura y sociedad*. No. 33: 75-88; y Parada, Alejandro E. 2016. Multiplicidad y ambivalencia: nuevas articulaciones en Bibliotecología y Ciencia de la Información. En *Información, cultura y sociedad*. No. 35: 137-146. <http://revistascientificas.filo.uba.ar/index.php/ICS>

la lingüística profesional, la importancia del análisis de dominio en la web semántica y sus relaciones con el lenguaje, la tendencia a la inclusión, la gestación de los portales de acceso abierto, la dimensión teórica y de índole filosófica, la trascendencia de la BCI como una disciplina de la pluralidad multicultural y de la diversidad virtual, y la necesidad de un campo en estado de apertura para que los ciudadanos transformen la información en conocimiento.

La primera problemática que se manifiesta en nuestra profesión es la perspectiva del nombre de lo que hacemos, es decir, aquello que denomina y connota a nuestro campo en una identificación específica e incontrastable (un importante elemento de la controversia Juarroz-Sabor). Nuestra crisis (una crisis es una opción de cambio y mutación) se manifiesta en aquello de nombrar, unívocamente, lo que hoy se entiende por Bibliotecología e, incluso, por lo que designa o designará la palabra “biblioteca”. La BCI está en un paréntesis de re-significación de su propio nombre; una gran variedad de autores sostienen que el término “Ciencia de la Información” se ha extendido conceptualmente hacia una especie de horizonte móvil. Esta expansión de nuestro campo se presenta con precisión cuando se señala a la Ciencia de la Información como un lugar de imbricación y de encuentro entre la Bibliotecología, la Archivología y la Museología (Araújo, 2014; Rendón Rojas, 2011 y 2013).

Las bibliotecas modernas, por otra parte, están transformando la exclusividad del paradigma material y documental a una realidad de usuarios centrados en la “inmaterialidad”. Son instituciones que en la posmodernidad se identifican como lugares donde no solo se lee sino que, además, constituyen territorios en los cuales la *espacialidad bibliotecaria* evoluciona hacia “un tercer lugar de encuentro” (Servet, 2010). Las bibliotecas tendrán que responder a estas nuevas formas de sociabilidad laboral y cultural, ahora pautadas

por las formas gregarias de las redes sociales. No obstante, las esferas espaciales de las bibliotecas en la actualidad no solo se centran en la mutación arquitectónica ni en la configuración de nuevos sitios de encuentros. La espacialidad bibliotecaria (Parada, 2015), cada vez más reprogramada por la digitalización y virtualidad, traerá aparejada otra tendencia de importancia: *la conversión de la mentalidad profesional*. La perspectiva a futuro de los bibliotecarios actuales y de aquellos venideros será, entonces, mudar sus imaginarios y prácticas habituales, ancladas aún con fortaleza a la cultura impresa, a una representación del espacio de las bibliotecas cuya dimensión es casi ilimitada en la captura y comprensión de los usuarios que hoy reclaman servicios transfronterizos; demandas y servicios ahora inmersos en los versátiles territorios de una “sociología de la globalización” (Sassen, 2010 y 2012).

Los bibliotecarios, en el día a día, deben tener un rol de liderazgo en las redes sociales de la Web 2.0, ya que en estas circula “la nueva información informal”; por lo tanto, la biblioteca debe construirse a sí misma como el núcleo excluyente donde se instrumenten, en el centro de esas redes virtuales, los nexos de unión entre lo antiguamente presencial y lo actualmente virtual. Es decir, fundar “territorialidades bibliotecarias distintas” donde se encuentran las modernas modalidades y apropiaciones de lo informacional. En un ámbito algo heterodoxo pero no exento de realidad, el nombre “biblioteca” para muchos bibliotecarios ya no reproduce las actividades tradicionales que se realizaban en esas instituciones sociales. Tal vez el destino nos brinde la posibilidad de un vocablo impensado para nombrar a las bibliotecas que vendrán.

Las bibliotecas del futuro tendrán que trabajar, en esta vertiente, por la ampliación de los derechos humanos y civiles (Samek, 2008). Y una forma de propiciar una mayor ciudadanía se manifiesta en el

proceso de concienciación de los espacios bibliotecarios centrados en la cogestión entre profesionales y ciudadanos. Así pues, es factible que en un futuro no muy distante las bibliotecas públicas puedan abandonar sus gestiones centralistas bibliotecarias hacia las potencialidades deliberativas y descentralizadas de una democracia directa y, de ese modo, se concrete la coparticipación activa de las personas con los profesionales de la información.

En esta instancia se hace ineludible mencionar un segundo tópico determinante: la perspectiva o tendencia tecnológica. Hoy se impone un hecho irrefutable: el incremento del paradigma digital como cambio sistémico abierto y su desarrollo en la creación de bibliotecas digitales de articulación híbrida. Esto significa, tomando la expresión desarrollada por Néstor García Canclini (2012 [2001]), que *las bibliotecas de la posmodernidad sufren procesos de hibridación múltiple*, es decir, de mixtura y convivencia entre los materiales impresos y los virtuales. En nuestros repositorios conviven las representaciones mezcladas: los registros propios de los usos tipográficos y las obras digitales puras. Las tecnologías implementarán, a la postre, una información preponderante característica de la constelación digital. Por lo tanto, la educación bibliotecológica debe focalizarse en una dirección que propicie al máximo la enseñanza de dichas tecnologías. La BCI que sobrevivirá será, necesariamente, la que aliente los ambientes digitales. Pero esto último no es razón suficiente: es necesario atravesar las tecnologías por los impulsos humanísticos y para ello resulta vital el papel de las Humanidades Digitales.

Una tercera perspectiva de la BCI es la tendencia al empleo de un lenguaje intervenido por las expresiones naturales y controladas. Ante este acontecer, los bibliotecarios tendrán que optimizar sus destrezas en el análisis de dominio especializado para crear las ontologías y las taxonomías de la Web semántica 3.0. En ese marco debemos,

pues, instrumentar los estudios tecnológicos y culturales de análisis de dominio mediante una agenda trazada por la Lingüística bibliotecaria o Lingüística de la BCI.

En torno a esta confluencia de aspectos lingüísticos emergen, en forma correlacionada, las pautas sociológicas; esto es, una cuarta tendencia de la BCI: la perspectiva de la inclusión. Muchas bibliotecas tendrán que construir sus servicios pensando en evitar los conflictos de exclusión que se manifiestan en sus comunidades multiculturales. Los bibliotecarios deben realizarse profesionalmente en el medio social en el cual se desempeñan y, en particular, deberán defender las políticas de inclusión y tendrán que convertirse en líderes en la defensa de los derechos humanos. Hablamos, en este giro creador de nuestra área, de una “BCI de la multiculturalidad”. Esta tendencia, pautada por lo diverso, debe establecer un itinerario que permita avanzar toda inclusión allí donde se manifiesta una exclusión; es en este caso, entonces, cuando se hace necesario reformular la “ética bibliotecaria”. Dicha ética se sustenta con el diseño de un planeamiento del escenario inclusivo; esto es, con la inclusión de los discapacitados, de los sectores desclasados por la brecha informacional, de los grupos inmigrantes, de las políticas de género, de las múltiples comunidades sexuales, de las personas enfermas, de los pueblos originarios defendiendo su cosmovisión comunal y del mundo, etc. Este *dispositivo de la inclusión* se fundamenta en la instrumentación plena y total de una “Bibliotecología social de la diversidad”.

Para que estas instancias sean exitosas es oportuno implementar tres acciones: 1) desarrollar las medidas oportunas para incrementar las políticas de Acceso Abierto a la información ante los desafíos de las plataformas comerciales de las grandes editoriales que manejan el mercado informacional; 2) instalar el debate sobre los alcances y límites de la propiedad intelectual, y 3) hacer de los usuarios productores

de conocimiento y no meros consumidores de información. En consecuencia, es una limitación de nuestra formación profesional pensar que las bibliotecas están fuera de las tensiones del poder económico y del dominio político.

Resulta imposible señalar las perspectivas más relevantes de la BCI. No obstante, es oportuno mencionar una breve selección de ellas. Entre las orientaciones que mayor presencia poseen en la literatura bibliotecológica moderna, señalaremos tres:

- » el cambio de las “tipologías de bibliotecas”, pues los tipos de bibliotecas que conocimos están perdiendo su homogeneidad tradicional;
- » la consolidación de las “Plataformas de servicios bibliotecarios” (PSBs), que permiten un enfoque dinámico de la gestión de contenidos y, por otra parte, la migración de los sistemas de bibliotecas de los servidores locales a los hospedajes de “computación en la nube” (*cloud computing*);
- » el desafío tecnológico, por ejemplo, de las RDA (Resource Description and Access) y su impacto en la catalogación y, en forma general, muchísimas más.

Es importante, también, referirnos a una quinta y potente perspectiva: la tendencia o dimensión teórica y de índole filosófica (nuevamente aquí estamos evocando al debate Juarroz-Sabor). La incursión teórica y filosófica en nuestro campo, fuera de sus improntas cuantitativas, debe aspirar a una conceptualización de naturaleza hermenéutica, ontológica, epistemológica, ética y fenomenológica (Buckland, 2012; Budd, 2004 y 2005; Capurro, 2007; Hjørland, 1998 y 2000).

Por supuesto, esta última afirmación de índole general puede parecer una pretensión excesiva para desarrollar en un trabajo como el

presente. Sin embargo, bajo ningún punto de vista, su mención y concienciación profesional es ociosa o una formulación retórica. La BCI, aún más en nuestros tiempos donde el papel disciplinar está recortado por ciertos aspectos de incertidumbre existencial e informativa, debe plantearse –más que nunca– cuáles son los fundamentos ontológicos de “ser bibliotecario” y no otra cosa que no sea su propio ente; cuáles son las facultades de interpretación cualitativa (y no solo cuantitativa) para comprender nuestro hacer cotidiano y propiciar una sólida investigación en nuestra vasta y compleja geografía de proceder; cuáles son los elementos de la Bibliotecología que puedan imponer un criterio científico de verdad y, lo que deviene fundamental, si esto es posible o encubre una ilusión; o cuáles podrían ser los pilares fundacionales de la profesión –conformados por la intuición– si tuviéramos que ponerlos entre paréntesis para acceder, reflexivamente, a la última esencia de ellos, etc. En definitiva, cultivar y fomentar, como tendencia indispensable, las concepciones teóricas y filosóficas en el puro acontecer de las realizaciones que se llevan a cabo en una biblioteca.

Pero esta tendencia que es imperativo desarrollar se encuentra, en una conjunción dialéctica de gran perturbación, desplazada por el pragmatismo bibliotecario que impone la hiperfuncionalidad de la operatividad y práctica bibliotecaria, en desmedro de las reflexiones acerca de la teoría. Aquí, inequívocamente, se vuelve a expresar, con toda su contundencia, una antigua problemática bibliotecaria: la brecha entre la sólida inclinación a ejercer la profesión y, en contraposición, la carencia de una abundante inclinación hacia los aspectos teóricos. El tema, en este punto, resta mucho de ser zanjado con cierta holgura; al parecer, por los menos en la Argentina, esa perspectiva continúa con un contundente vigor. Quizás, esto es realmente significativo, la misión de los jóvenes profesionales es convertir dicha tendencia

en una anti-tendencia; esto es, lograr un necesario e indispensable equilibrio entre la concepción y el ejercicio profesional.

Por otra parte, una encrucijada que, en lo particular, ya se presenta en nuestro porvenir, es la necesidad de articular –aún más– nuestra formación tecnológica en conjunción con las Ciencias Sociales (Wallerstein, 2011 [1996]). Lo que implica que la BCI que adviene será intensamente técnica pero “intensamente entrecruzada por las Ciencias Humanas” y su vocación multidisciplinar. En consecuencia, a partir de una intensidad mayúscula, se manifiesta la necesidad de imbricar los saberes informáticos sofisticados (si no lo hacemos corremos el riesgo de ser subsumidos por otros actores) con la elaboración, al mismo tiempo, de una profesión vinculada por la mediación de las Ciencias Sociales.

Hay preguntas, en el destino último de este dilema, que, a nuestro criterio, se tornarán inevitables: ¿cuál es el rol de los bibliotecarios en la gestación de un pensamiento diferente dentro de la esfera de esas disciplinas?, ¿qué esperan los usuarios virtuales de los servicios de una biblioteca en una sociedad impulsada por el vértigo del cambio constante?, ¿serán capaces los bibliotecarios de generar habilidades y experticias suficientes para que las Ciencias Sociales reconozcan a la BCI como una animadora insoslayable en esta área? Asumir este reto será capital para la supervivencia y preponderancia de nuestro campo.

La palabra *biblioteca* y el concepto *disciplinar Bibliotecología*, tal como se ha comentado, pueden cambiar e incluso permanecer en suspensión ante la presencia de una nueva denominación proveniente del mundo digital. Un hecho que, sin duda, no es posible de anticipar ni de sostener en forma rotunda. Lo único plausible es que el normativo y jerárquico cosmos pre-digital se ha metamorfoseado hacia un “firmamento mudable y mutante”, cuyas implicaciones semánticas,

teóricas y tecnológicas demandarán un gran esfuerzo de adaptación por parte de la BCI.

Un desafío que se convierte en un torbellino de perspectivas y tendencias en la profesión y que, con todas las limitaciones del caso, intenta asumir y justificar esta mesa de bibliotecarios en los 120 años de la Facultad de Filosofía y Letras.

○ Referencias bibliográficas

- » Araújo, Carlos Alberto Ávila. 2014. *Arquivologia, biblioteconomia, museologia e ciência da informação*. Brasília, DF: Briquet de Lemos / Livros / São Paulo: Associação Brasileira de Profissionais da informação (ABRAINFO).
- » Buckland, Michael. 2012. What kind of Science can Information Science be? En *Journal of Information and Technology*. Vol. 63, no. 1, 1-7.
- » Budd, John M. 2004. Academic Libraries and knowledge: a social epistemology framework. En *The Journal of Academic Librarianship*. Vol. 30, no. 5, 361-367.
- » Budd, John M. 2005. Phenomenology and information studies. En *Journal of Documentation*. Vol. 61, no. 1, 44-59.
- » Capurro, Rafael. 2007. Epistemología y Ciencia de la Información. En *Enlace: Revista Venezolana de Información, Tecnología y Conocimiento*. Año 4, No. 1, 11-29.
- » García Canclini, Néstor. 2012 [2001]. *Culturas híbridas: estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Buenos Aires. Paidós.
- » Hjørland, B. 1998. Theory and metatheory of Information Science: a new interpretation. En *Journal of Documentation*. Vol. 54, 606-621.
- » Hjørland, B. 2000. Library and Information Science: practice, theory, and philosophical basis. En *Information Processing and Management*. Vol. 36, 501-531.
- » Parada, Alejandro E. 2015. Espacialidad y bibliotecas: reflexiones sobre una breve tipología del espacio bibliotecario. En *Información, cultura y sociedad*. No. 33: 5-10. <<http://revistascientificas.filo.uba.ar/index.php/ICS/article/view/1907/1891>> [Consulta: 23 marzo 2017].

- » Rendón Rojas, Miguel Ángel, coord. 2011. *Bibliotecología, archivística, documentación: intradisciplina, interdisciplina o transdisciplinariedad*. México: UNAM, Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas. <<http://libros.metabiblioteca.org/bitstream/001/380/8/978-607-02-0749-5.pdf>> [Consulta: octubre 2017].
- » Rendón Rojas, Miguel Ángel, coord. 2013. *El objeto de estudio de la bibliotecología/documentación/ciencia de la información: propuestas, discusión, análisis y elementos comunes*. México: UNAM, Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas y de la información.
- » Samek, T. 2008. *Biblioteconomía y derechos humanos: una guía para el siglo XXI*. Gijón: Trea.
- » Sassen, Saskia. 2010. *Territorio, autoridad y derechos. De los ensamblajes medievales a los ensamblajes globales*. Buenos Aires: Katz Editores.
- » Sassen, Saskia. 2012 [2007]. *Una sociología de la globalización*. Buenos Aires: Katz Editores.
- » Servet, Mathilde. 2010. Les bibliothèques troisième lieu: une nouvelle génération d'établissements culturels. En *BBF*. T. 55, no. 4, 57-66. <<http://bbf.ensib.fr/consulter/bbf-2010-04-0057-001>> [Consulta: noviembre 2016].
- » Wallerstein, I., coord. 2011 [1996]. *Abrir las ciencias sociales. Informe de la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales*. México: Siglo XXI editores.

Resumen

En este trabajo se señalan, en forma provisional y preliminar, algunas de las perspectivas y tendencias más significativas en Bibliotecología y Ciencia de la Información (BCI), tanto en el presente como en un futuro mediato. Dentro de ese marco se mencionan las siguientes: la problemática del nombre o denominación de la BCI en el porvenir, la necesidad de la ampliación de los derechos humanos y civiles en las bibliotecas, la importancia creciente de la “hibridación múltiple” en la convivencia de los soportes impresos y digitales, las articulaciones entre los lenguajes naturales y controlados en las dimensiones de la Web 2.0 y la Web 3.0, la necesidad de una BCI multicultural que represente a todos los ciudadanos del mundo, la construcción de usuarios capaces de ser productores de conocimiento y no meros consumidores de información, las notables posibilidades de la información en entornos de Acceso Abierto, la tendencia a buscar un equilibrio entre las conceptualizaciones teórico-filosóficas y la práctica profesional, entre otras. Finalmente, se señala la trascendencia de la BCI en una fuerte imbricación con las Ciencias Sociales.

Apéndice documental

Textos originales

Documentación¹



Roberto Juarroz

Conjunto de técnicas y teorías cuya finalidad es la organización y la difusión activa de la información especializada, para ponerla a disposición del investigador. Se ha discutido su carácter de disciplina autónoma, pretendiéndose subordinarla a la Bibliotecología, ya sea como una de sus ramas o como una especie de Bibliotecología especializada. Varias razones podrían justificar este criterio, destacándose entre ellas la vinculación histórica de ambas disciplinas, la utilización de diversos procedimientos y técnicas comunes y la estrecha relación de la Documentación con ciertos sectores de la Bibliotecología, tales como las bibliotecas especializadas, la bibliografía especializada y la tarea de referencia. La autonomía de la Documentación se afirma, sin embargo, sobre tres factores fundamentales: 1. un campo propio, que abarca las múltiples formas de la información y la comunicación especializadas, con estructuras, planteos y requerimientos cada vez más complejos; 2. una metodología específica, constituida esencialmente por diversos tipos de análisis de la información especializada y de las necesidades de sus usuarios, que permiten distintas formas de síntesis de esa información (resúmenes, índices, códigos, sistemas

¹ Artículo preparado para la Enciclopedia de Ciencias de la Educación. (En prensa, Buenos Aires, Omeba). Se reproduce la versión publicada en 1968.

operativos, programas de computadoras, etc.), con el objeto de lograr su difusión o comunicación más efectiva, su mejor control y su rápida recuperación; 3. una actitud documentaria, que se basa en la disposición dinámica tendiente a investigar los fundamentos y el desarrollo de la información y la comunicación especializadas, descubrir las vías más aptas para perfeccionar su accesibilidad y aplicar los sistemas adecuados para su organización y canalización, dentro de un ritmo de cambio, urgencia y actualización constantes. Bajo esta perspectiva, la Documentación ha delimitado y precisado su objeto, adquiriendo simultáneamente una terminología propia y configurando las condiciones que definen la profesión de documentalista y la estructura operativa de los centros y servicios de documentación. Tanto su órbita específica como su planteo interdisciplinario permiten ubicar a la Documentación entre las llamadas ciencias de la información y la comunicación, cuyo cuadro se extiende actualmente desde la cibernética, la informática y la teoría de la información hasta la Bibliotecología o el estudio de los medios de comunicación social. El notable desarrollo de este conjunto de disciplinas, su creciente articulación y la importancia que han adquirido en los más diversos planos -científico, político, filosófico, económico, educativo, etc.-, constituyen uno de los fenómenos más sintomáticos para el diagnóstico de los cambios y las orientaciones del conocimiento y la cultura en la segunda mitad del siglo XX.

Entre las causas que han contribuido al nacimiento y el desarrollo de la Documentación, se destacan las siguientes: 1. la especialización de la investigación y el conocimiento, dentro del marco de lo que Bronowski denomina “la segunda revolución científica”; 2. la explosión tecnológica que caracteriza a la época contemporánea, hasta configurar la llamada «segunda revolución industrial», con el progreso de la automatización, sus implicaciones políticas y sociales en los procesos de desarrollo, la vinculación a cada vez más estrecha entre

ciencia y técnica, el auge de la literatura “operativa”, etc; 3. la multiplicación, la diversificación y el perfeccionamiento técnico de los medios de información y comunicación, pudiéndose señalar especialmente la importancia de los medios audiovisuales, el desarrollo de nuevos procedimientos de impresión y reproducción y sobre todo la creciente aplicación de las computadoras, cuyo empleo modifica totalmente la fisonomía de este campo; 4. la moderna expansión de la empresa, en el ámbito de lo que Marcuse ha llamado “sociedad industrial avanzada”, con criterios inéditos de organización, investigación, publicidad, etc.; 5. el crecimiento del estado, con una suma de exigencias desconocidas anteriormente en el campo informativo; 6, la vigencia progresiva en todos los sectores de las técnicas de planeamiento y de la investigación prospectiva, con las necesidades de información que eso supone; 7, la impropiedad de los métodos tradicionales o convencionales de organización, localización, control y recuperación de la información, para enfrentar con eficacia las consecuencias de los procesos mencionados y su aceleramiento, con la marea documentaria que de ellos se deriva y el peligro de la pérdida de información o de su falta de actualidad; 8. la urgencia de recurrir a otras formas de síntesis de las informaciones y los conocimientos, con el objeto de facilitar el acceso del investigador a la información especializada y responder además a la necesidad actual de nuevas integraciones del saber, tal como se desprende del coloquio internacional sobre “Ciencia y síntesis”, organizado por la Unesco en diciembre de 1965.

El término “documentación” fue utilizado por primera vez con su sentido actual en un trabajo publicado en 1907 por el Instituto Internacional de Bibliografía. La creación de ese instituto (Bruselas, 1895), por Paul Otlet y Henri La Fontaine, marca un punto de partida concreto para esta disciplina. Su evolución se ligará luego con las sucesivas transformaciones de dicho organismo (1930: Instituto Internacional de Documentación; 1937: Federación Internacional de

Documentación), con las tareas de la UNESCO y la ISO (Organización Internacional de Normalización), con la fecunda actividad de organismos nacionales como la UFOD (Unión Francesa de Organismos de Documentación), el NIDER (Instituto Holandés de Documentación), el VINITI (Instituto de Información Científica y Técnica de la Unión Soviética) o el ADI (Instituto Norteamericano de Documentación). Contrariamente a lo acontecido en Europa, el desarrollo de la Documentación se verá demorado en los Estados Unidos a causa de la amplitud adquirida allí por la referencia especializada. Sin embargo, después de la segunda guerra mundial, la Documentación se extiende por todos los países, a través de la creación de centros y servicios, de la proliferación de repertorios de resúmenes bibliográficos y de los trabajos de especialistas tan destacados como Bradford, Shera, Coblans, Shaw, Perry, Kent, Alan Rees, Taube, Vickery, Cordonnier, Briet, Samain, Grolier, Balbis, Mohrhardt, Borke y muchos otros. Se ha producido así, tal como lo señala Vickery, “la transición de una práctica empírica a una disciplina teórica”, lo cual ha provocado la aparición de gran cantidad de estudios o investigaciones, la publicación de diversas revistas especializadas (*Revue de la Documentation*, *Journal of Documentation*, *American Documentation*, etc.), la realización de múltiples reuniones y congresos nacionales e internacionales sobre la materia y la organización de instituciones dedicadas exclusivamente a su enseñanza, como el Institut National des Techniques de la Documentation (París) o la escuela especializada de la Western Reserve University (Cleveland, U.S.A.).

La Documentación se ha extendido paulatinamente a todos los sectores especializados, tanto científicos como humanísticos, abarcando en ellos todo tipo de documentos, no sólo los impresos. Su objetivo primordial se centraría actualmente en “la tarea de reducir, analizar y disminuir a proporciones manuales enormes volúmenes de información” (Rees). Para ello debe definir los perfiles de interés de

los diversos grupos de usuarios, el grado de delegación de responsabilidad que está dispuesto a conceder cada uno en la búsqueda de información, los sistemas operativos que permitan procesarla y recuperarla. Dentro de su vasta problemática, cabe señalar como temas de especial significación los concernientes a la automatización de los procedimientos, la codificación y la programación, el análisis documentario, la traducción automática, la reprografía, la organización de centros y servicios, la formación de documentalistas, la terminología, las exigencias peculiares de cada tipo de documentos (publicaciones periódicas, informes, patentes, tesis, pseudo-impresos, material audiovisual, etc.), la literatura secundaria, los niveles de síntesis, las relaciones con otras disciplinas (lógica simbólica, matemática, lingüística, tecnología de las computadoras, etc.), los grados de investigación, los índices contextuales y de citas, la normalización, la integración de redes documentarias, etc.

La Documentación ha contribuido además a renovar los enfoques y esquemas bibliotecológicos y también a constituir la nueva “ciencia de la información” (information science), cuyo objeto sería “la investigación de las propiedades, comportamiento y circulación de la información” (Rees y Saracevic).

La importancia creciente que ha adquirido en los últimos años la Documentación, constituye una prueba de lo que expresara en 1963 el Informe Weinberg, presentado al Gobierno de los Estados Unidos: el reconocimiento de que el control y la difusión de la información representan una parte vital de la investigación y el desarrollo.

Bibliotecología y Documentación²

 Josefa E. Sabor

Tres o cuatro páginas es muy poco espacio para decir qué se entiende por Bibliotecología y por Documentación, cuáles son sus límites, cómo se señalan sus líneas de mutua influencia. El tema, por otra parte, es notoriamente comprometedor. Valga todo de excusa para escribir sólo unas pocas palabras sobre este interesante tema, con el único objeto de abrir -si fuera posible- una discusión más seria y mejor documentada sobre un tema que está irritando la piel de los bibliotecarios.

La historia de la bibliotecología y la documentación no se desarrolla a saltos. Es, como ocurre siempre en la historia, un largo encadenamiento de causas y efectos. La ficha no sustituye al libro-registro porque sí, las normas de catalogación y los sistemas de clasificación no surgen por generación espontánea. Pero hay ciertas fechas que se pueden considerar como decisivas en el desarrollo de nuestra profesión. Para lo que interesa decir aquí, sólo me referiré a las de los sesenta años finales del siglo XIX, época más fecunda que ninguna otra en la evolución de la bibliotecología. Son los siguientes:

² Publicado en el *Boletín Asociación de Ex alumnos de la Escuela Nacional de Bibliotecarios*. Año 1, no. 4, 1-5, 1966.

- » 1841. Sir Anthony Panizzi revoluciona el British Museum y la bibliotecología toda al imponer a sus remisos catalogadores su código de los 91 normas.
- » 1850. Un grupo de caballeros -en buena parte hispanistas- de la ciudad de Boston impulsa a su municipio a fundar la Biblioteca Pública.
- » 1876. Entre muchas otras cosas, este año clave ve celebrarse en Filadelfia la *Centennial Conference*, en la que se escucha a Samuel S. Green defender un nuevo servicio bibliotecario: la asistencia al lector o, para decirlo con la expresión hoy en uso, la referencia.
- » Charles A. Cutter descubre una nueva panacea: el catálogo diccionario.
- » Melvil Dewey inicia la serie de grandes clasificaciones estrictamente bibliotecarias -es decir topográficas- con su *Decimal Classification*, a la que esperan, con una fulgurante trayectoria, el panegírico y la diatriba.
- » 1882. Paul Otlet y Henry [sic] La Fontaine deciden en Bruselas ayudar a quienes no encuentran en las bibliotecas asistencia personal organizada.
- » Europa, que se ha resistido a aceptar las ideas de Green, es el campo propicio para hacer madurar esa idea.
- » 1885. Se reúne en París la primera conferencia de bibliografía, de la que surgirá el Instituto Internacional de Bibliografía y la decisión de crear, sobre la base de la clasificación de Dewey (biblioteconómica) una clasificación también decimal más expandida (bibliográfica) para uso del propio Instituto. En esta dualidad (biblioteconomía-bibliografía), en estos dos aspectos de una misma cara (ubicación topográfica - clasificación de conceptos) está planteado uno de los conflictos más fecundos de la bibliotecología: el de la *Clasificación Decimal Universal* y su uso correcto.

Todo lo que ocurrirá después, en el siglo XX, perfecciona o desarrolla lo anterior, pero no lo modifica en esencia. No importa que en 1907 se use por primera vez la palabra documentación con su sentido actual; no importa tampoco que a las puertas de la segunda guerra mundial el Instituto pase a ser la Federación Internacional de Documentación (FID). Como tampoco que el gigantesco catálogo de Otlet se hunda con sus millones de fichas y que las máquinas electrónicas hagan definitivamente efímero ese sueño de Bruselas. La idea esencial ya está dada por Green y por Otlet y la Fontaine: así como lo biblioteca-panteón se eclipsa en 1841, la documentación surge en 1876 cuando se suma, a la decisión de organizar, la de servir a otro con el dato y la información.

Qué después el camino se bifurque, o que se formen dos separados aunque paralelos, es cosa secundaria. Lo que interesa es el enriquecimiento de la idea bibliotecaria de 1841 a 1876: el paso de la colección estática y acumulada a la colección organizada; el paso de los beneficios de la organización a los beneficios de la información. La referencia sería así un poco como la madre de la documentación. Y siendo la referencia parte de la bibliotecología, la documentación estaría también incluida en ella? O, como en caso de la química y la alquimia, habiendo nacido en ella la habría superado, complicado y se habría superado y complicado y quedaría finalmente desprendido de quien la engendró? La verdad es que algo importante ha ocurrido, y en un plazo tan breve...! Algunos bibliotecarios -no pocos eminentes- están desorientados, aturdidos y ensayan explicaciones y teorías.

En este sentido, la obra de Samuel Rothstein, formada por varios artículos y por lo menos un meduloso libro, es una prueba objetiva de esta confusión y desconcierto. Europa no ha aceptado nunca el servicio de referencia organizado, pero ha desarrollado la documentación.

Estados Unidos ha inventado la referencia, acepta la documentación y trata de ensamblar las dos cosas.

Europa ha colocado la documentación fuera de las paredes de sus bibliotecas. Estados Unidos la está metiendo dentro de ellas: Bethesda es un buen ejemplo. Es todo esto el resultado de un concepto distinto sobre cosas total o sutilmente diferentes? O es sólo la inevitable servidumbre hacia bibliotecologías distintas, con fines y objetivos no siempre idénticos? O para decirlo con más claridad la documentación es o no una rama de la bibliotecología? Hasta dónde nos ofendió Lorphevre, a nosotros, bibliotecarios, cuando dijo allá por 1950 que mientras los bibliotecarios solamente conservábamos los documentalistas difundían y proveían? Rothstein se declaró ofendido. Estimó que Lorphevre nos disminuía al obstinarse en seguir dando de palos a un caballo viejo que ya habían enterrado Green y Dewey. Pero es verdad que está muerto y sepultado, por lo menos por estas tierras?

Shaw habla de una diferencia de grado. En esencia, bibliotecología y documentación sería lo mismo, sólo que en un caso se trabajaría en extensión y en el otro en profundidad. Shera parece compartir este punto de vista, que desarrolló en el único curso que dictó en América Latina, en 1957, cuando diferenció entre bibliotecología general y especializado. Señala como campos de la primera la adquisición y organización de los materiales y de la segunda el hacer accesible esos materiales. Termina por decir que, en cuanto a mecanismo de trabajo, bibliotecología especializada y documentación son la misma cosa. Por eso para Shera bibliotecología y documentación son un todo que una práctica perniciosa tiende a separar. Para él ese antagonismo bibliotecología - documentación, cuya existencia señala en Estados Unidos, es perjudicial para el rendimiento de bibliotecarios y documentalistas y para el desarrollo de sus respectivos campos de acción. Juarroz, por su parte, en una elaboradísima definición, apoya la diferencia en la

producción de documentos secundarios, su difusión y conservación, que son para él uno de los signos distintivos de la documentación. Pero bibliotecas especializadas como la John Crerar de Chicago, elaboran innumerables documentos secundarios a los que aseguran una difusión envidiable para más de un centro de documentación. Y sin embargo hay dos profesiones distintas, documentalista y bibliotecario y hasta un híbrido grato, entre otros, a los brasileños: el bibliotecario-documentalista. En algunos países los primeros se forman en unas escuelas, los segundos en otras.

España y otras naciones han optado por diplomarlos en una sola, aceptando tácitamente que el conocimiento de la bibliotecología es la base de toda formación documentaría.

No nos estaremos perdiendo en una discusión bizantina? Al fin de cuentas, la CDU ha optado por colocar la documentación en 002, el número con el que Dewey abre el reino del libro, y con él, la majestad de la bibliotecología.

Bibliotecología y Documentación. Otro acercamiento a una crisis de familia³



Roberto Juarroz

Para enfrentar el problema de las relaciones entre Bibliotecología y Documentación es preciso partir de una situación de hecho: la Documentación se ha consolidado como sector autónomo. No haremos nada con lamentar la relativa separación de ambas disciplinas. Lo que pudo ser –el planteo de una profesión única– debe verse como lo que pudo ser. Lo cierto es que no es.

La Documentación ha configurado su autonomía sobre la base de un déficit bibliotecario: la demora de las bibliotecas en adaptarse y responder a las nuevas urgencias de la organización, el control y la difusión de la información. Aprovechando las técnicas bibliotecológicas, la Documentación las aplicó con enfoque dinámico al campo de la información especializada, elaborando poco a poco una gama peculiar de procedimientos y conceptos, hasta estructurar hoy un ciclo dotado con caracteres propios.

³ Publicado en el *Boletín Asociación de Ex alumnos de la Escuela Nacional de Bibliotecarios*. Año 2, no. 6, 1-5, 1966.

Sobresalen, entre esos caracteres, las diferentes exigencias de preparación que se requieren al documentalista y la plasmación de una terminología específica, vinculada en buena parte a la esfera de la automatización. Parece imposible abarcar plenamente dentro del currículum del bibliotecario, aun del especializado, materias tales como el análisis documentario, la recuperación de información en sus múltiples facetas o la teoría de la información. Lo mismo ocurre con la necesidad de una especialización por lo menos adjetiva en cierto sector científico o técnico. En cuanto al aspecto terminológico, baste recordar el hecho de encararse actualmente la redacción de un *Vocabularium Documentationis*, que vendría a complementar el *Vocabularium Bibliothecarii* publicado por la Unesco.

Aquí, como en todos los rubros de la ciencia y la técnica contemporáneos, los problemas se han vuelto infinitamente complejos. La clave no consiste en tratar de fundir, apelando a una vocación unificadora o exclusivista, lo que ya se ha separado, sino en considerar las cosas bajo la perspectiva de una mayor eficacia. Visto el problema desde ese ángulo, pareciera útil la actual diversificación, que no debe confundirse con oposición o competencia.

Ambas disciplinas han de situarse en planos complementarios, dejando de lado tanto las “resistencias” bibliotecarias como las “veleidades” documentarias y recordando que el conocimiento, la cultura y las vías por las cuales discurren constituyen en último término una estructura única, de claro sentido social, a pesar de los múltiples matices de su enriquecedora diversidad.

La profesora Josefa E. Sabor ha tenido la amabilidad de pedirme algunas acotaciones a su nota sobre este problema, publicada en el número 4 de este Boletín. Pienso que lo que más interesa se desprende de lo que acabo de señalar, permitiéndome subrayar todo

lo referente al aspecto funcional de esa relativa autonomía con que se mueven hoy la Bibliotecología y la Documentación. Si el tema “está irritando la piel de los bibliotecarios”, tal vez convenga lo que podríamos llamar un examen de conciencia bibliotecario, con cierto énfasis en los capítulos dedicados a la comodidad, el exclusivismo y la formación cultural. Pudiera ser que encontráramos allí algunos rasgos particularmente frágiles de nuestra imagen. Esto me lleva a pensar que una de las vertientes más fértiles del problema es haber sacudido el campo bibliotecario, sembrando en él una inquietud cuya positiva canalización puede contribuir o renovar esquemas y agilizar soluciones. Podríamos, entonces, arriesgarnos a sostener que esa acción catalizadora constituye un haber suficientemente amplio como para acreditar la autonomía de la Documentación, aun en la confusa hipótesis de que ésta careciera de otros títulos para justificarla.

Comparto en sus líneas generales lo expuesto en el trabajo de la profesora Sabor. Aparte de un error de transcripción en dos fechas (la del decisivo encuentro de Otlet y Lafontaine [sic] en Bruselas, 1892, y la de la Primera Conferencia Internacional de Bibliografía, París, 1895), me parece preferible hablar, en cuanto a las relaciones entre la Referencia y la Documentación, de dos respuestas *casi* simultáneas, en Estados Unidos y Europa, ante necesidades similares. Creo que tanto los pocos años adjudicables como ventaja en favor de la primera, así como las ideas expuestas por Green o por Joseph Henry en 1883, en Inglaterra, no representan factores tan decisivos como para sostener que “la Referencia sería así un poco como la madre de lo Documentación”.

En lo que toca a la literatura secundaria como uno de los productos que contribuyen a tipificar la órbita documentaria, pienso que el criterio no se invalida por el hecho de que algunas bibliotecas especializadas elaboren trabajos equivalentes. La posible analogía de algunos

servicios, ineludible en las zonas de contacto de dos sectores que hemos juzgado evidentemente complementarios, no basta para una asimilación de los mismos. Lo que importa es la configuración global de esos sectores, a la cual contribuye una serie de aspectos, intenciones y perspectivas dinámicas que no coinciden totalmente. Y dentro de ese espectro integral de características, la literatura secundaria no juega el mismo papel o no se da en el mismo nivel, tanto cuantitativa como cualitativamente hablando. La Documentación tiene como objeto *exclusivo* servir al investigador, centrándose en el análisis, el control y la difusión de la información especializada, a través de todos los medios que tornen viables esas funciones.

Pero no nos perdamos en una dialéctica más o menos inocua o en una “discusión bizantina”, tal como teme con fundamento la profesora Sabor. Y digamos, volviendo en parte al comienzo, que si el ciclo bibliotecológico y el ciclo documentario no parecen coincidir exactamente, tan negativo resulta el tratar de uniformarlos a presión como el intento artificial de separarlos completamente. Que la Documentación y la Bibliotecología elaboren con la mayor vitalidad posible sus técnicas y teorías, buscando por supuesto precisar sus respectivos campos de acción, pero que eso no impida de ningún modo su trabajo solidario y su misión conjunta de servir a la evolución del conocimiento humano y del trabajo intelectual. Sobre ese rumbo, cada caso concreto traerá sus definiciones y ellas contribuirán a despejar las siempre enojosas y casi nunca desinteresadas cuestiones de límites.

Los autores

Faustino Gabriel Chirino

Diplomado en Bibliotecología por la Universidad de Buenos Aires; actualmente cursa la orientación en Archivología de la licenciatura en Bibliotecología y Ciencia de la Información en dicha Universidad. Se desempeñó como catalogador en la Biblioteca Central de UNSAM; colaboró como becario en el proyecto Filo Digital y, desde mediados de 2015, ocupa el cargo de bibliotecario en el Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas “Dr. Amado Alonso” de la Facultad de Filosofía y Letras. Participa de los proyectos PRIG *Programa “Nuevos Investigadores”, de la Biblioteca Nacional Mariano Moreno: herramienta de difusión de fondos, servicios y motores de consulta y La cultura impresa en los avisos publicitarios de la prensa gráfica en la Argentina durante el siglo XX. Alcances y proyecciones*. Además, en el período 2015/2016, formó parte de la Comisión de Trabajo de Bibliotecología para el *Congreso Filo:120*.

Leandro E. Guazzaroni

Diplomado en Bibliotecología y Ciencia de la Información por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (FFyL-UBA). Actualmente cursa las últimas materias de la licenciatura con orientación en Tecnología de la Información. Se desempeña profesionalmente en la Biblioteca Nacional Mariano Moreno de la República Argentina (BNMM-Argentina), donde es asistente

en la Unidad de Administración del SIGB y profesor de la asignatura “Sistemas y Redes de Información” en la Escuela Nacional de Bibliotecarios (BNMM-Argentina). Participó en el Congreso *Filo 120: Legados, debates y desafíos* (FFyL-UBA, 2016) y colabora en el Proyecto de Investigación de las profesoras Floriana Colombo y Adriana Giudici sobre acceso a recursos de información electrónicos en las páginas web de las bibliotecas de la UBA (INIBI-FFyL-UBA, 2015-2017).

Nora Cecilia López

Licenciada en Bibliotecología y Documentación por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Docente del Departamento de Bibliotecología y Ciencia de la Información (abril 1998 – julio 2017). Ex Profesora Adjunta Interina de “Fundamentos de la Bibliotecología y la Ciencia de la Información”. Se desempeña laboralmente en la Subdirección Investigaciones Históricas de la Biblioteca del Congreso de la Nación.

Carlos Daniel Luirette

Licenciado en Bibliotecología y Ciencia de la Información (Universidad de Buenos Aires. Facultad de Filosofía y Letras). Profesor adjunto (interino) de la materia “Desarrollo Profesional”, y Profesor Adjunto (interino) de la materia “Fundamentos de la Bibliotecología y la Ciencia de la Información”, ambas materias del Departamento de Bibliotecología y Ciencia de la Información de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA). Actualmente dirige el proyecto PRIG (Programa de Reconocimiento Institucional de Investigaciones no Acreditadas-UBA), “Desmaterialización

del soporte o el fin de la memoria audiovisual” (2016-2017). Se desempeña profesionalmente como Subjefe de la Biblioteca del Departamento Judicial San Martín, dependiente de la Suprema Corte de Justicia de la provincia de Buenos Aires.

Ignacio Mancini

Licenciado en Bibliotecología y Ciencia de la Información con orientación en Procesamiento de la Información (Facultad de Filosofía y Letras–UBA). Jefe de Trabajos Prácticos de la materia “Fundamentos de la Bibliotecología y la Ciencia de la Información”. Director del PRIG “Representación de áreas temáticas en las revistas latinoamericanas de Bibliotecología de lengua castellana (2008-2016)”. Se desempeña profesionalmente en el Centro de Documentación e Información del Instituto de Investigaciones Gino Germani (FSOC–UBA), y en la Biblioteca de la Sociedad Argentina de Psicoanálisis.

Alejandro E. Parada

Doctor de la Universidad de Buenos Aires (Área: Bibliotecología y Documentación). Docente de la asignatura: “Historia del Libro y de las Bibliotecas” (Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Departamento de Bibliotecología y Ciencia de la Información). Secretario académico e investigador del Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas de la Facultad de Filosofía y Letras (INIBI-FFyL-UBA). Secretario de Redacción de la revista *Información, cultura y sociedad* (INIBI-FFyL-UBA). Ex Docente del Instituto de Investigaciones sobre el Patrimonio Cultural (IIPC), Universidad Nacional de San Martín. Director de la Biblioteca “Jorge Luis Borges” de la Academia Argentina de Letras.

Este libro se terminó de imprimir
en el mes de junio de 2018 en los talleres gráficos
de la Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras,
UBA, Puán 480, CABA.